

CUENTAT

sociología
ciencia — literatura



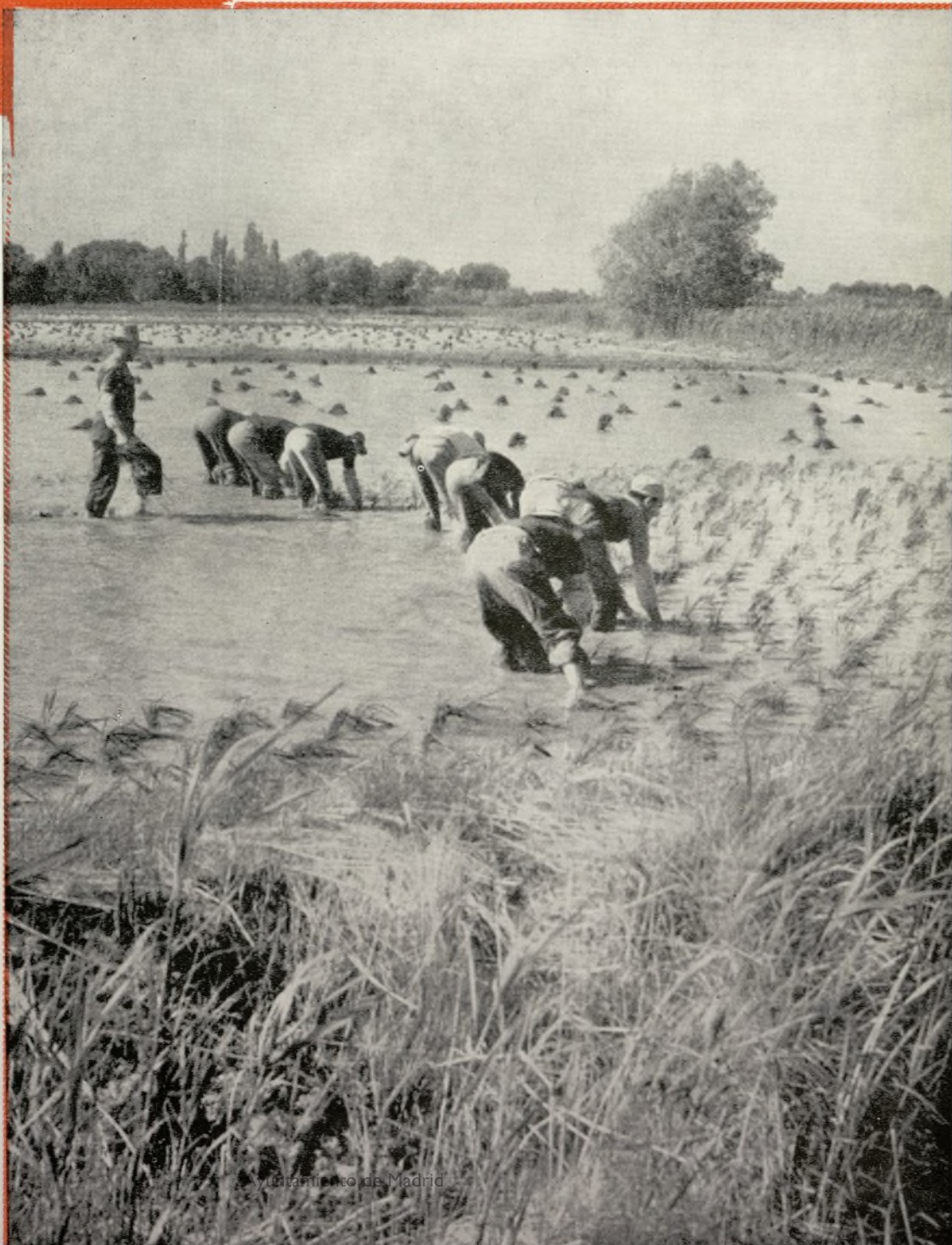
Capdevila: Dos grandes
aciones.—Luis Fabbri: La
volución.—Puyol: Espinel.
Antaura: Los que prescin-
ieron del dinero.—Eugen
elgis: De mi calendario.—
ais Gumploewiez: El Esta-
.—Juan Ferrer: Ante el
sarreglo del mundo, el
arquismo única solución
ectiva.—Floreal Ocaña: La
oluntad libertaria.—Cam-
o Carpio: La puerta de
o del mundo.—Bernardo
ou: Sindicalismo revolu-
onario.—Fabian Moro:
curso del hombre libre.
C.: El unievrso de Alaiz.
elipe Alaiz: Obrerismo ca-
lico de origen protestante.
edro Kropotkin: La liber-
ad.—Rodolfo Rocker: La
ación.—Alberto Carsi: El
du glu» de las acequias.—
ariano Viñuales: La fuen-
e.—Denis: Los dos ladro-
es.—Unamuno: Incidente
doméstico.

153

SEPTIEMBRE · OCTUBRE 1963

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,20 F.



Yuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

En España se ha cultivado siempre el arroz, principalmente en Valencia. Pero en las dos últimas décadas, dicho cultivo se ha extendido a zonas en donde nunca se había visto tal cereal. Nos referimos a algunas comarcas de Aragón, valle del Cinca, cuya principal riqueza hoy es el arroz, cuando hace un cuarto de siglo no lo conocían más que en paella.

Empero, la imagen que vemos aquí ofrece algo más que una referencia sobre la espiga de granitos blancos. Vemos a un equipo de obreros —hombres, mujeres y niños—, curvados, con agua hasta la rodilla y bajo un sol abrasador que les quema las espaldas. Pocos serán los seres humanos que cuando comen arroz piensen en lo mucho que sufren los hombres que a su cultivo se dedican. Si ayer la humanidad loaba a los dioses cuando disponían de una riqueza —alimento u otra— hoy debiera hacerlo hacia los trabajadores a quienes se les debe todo. El trabajo es la actividad vital por excelencia y los trabajadores son los que aseguran la existencia en todas sus formas.

No se le rinde al trabajo el culto que merece. Llegará día en que el trabajo sí que será reconocido y, por consecuencia, los trabajadores serán respetados. Sépanlo los parásitos y los que en lugar de ser útiles a la vida lo son a la destrucción y muerte. UN DÍA LA HUMANIDAD LABORIOSA PODRÁ PRESCINDIR DE TODOS, DE TODOS LOS QUE NO EJECUTAN UN TRABAJO ÚTIL Y DE LOS QUE VIVEN DEL TRABAJO DE LOS DEMÁS.

En la lucha social, ése es nuestro objetivo: acabar con el ocio parasitario, terminar con las tareas inútiles o nocivas. La batalla final conlleva estas condiciones. Y que la ganaremos es ya algo que nadie niega.

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Espleas, Osmán
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,
A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros: « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en el que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)



REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIII

Toulouse, Sept. - Oct. 1963

Nº 153

Dos grandes ficciones

QUE después de tan edificantes experiencias y cruentos ejemplos tengamos que remachar sobre verdades tan simples y elementales, nos causa una tristeza inconsolable.

Ya en el curso del siglo pasado, Bakunin paseó esta antorcha majestuosa, y somos los jóvenes de esta época malhadada quienes tenemos que recogerla, también, de otras manos temblorosas y descarnadas, para alumbrar los parajes oscuros de la conciencia multitudinaria. Todo esto dice muy poco en bien de la pretendida evolución social y del progreso filosófico-científico. Tarea ardua; parecíamos, en el curso de nuestra adolescencia preñada de ilusiones vagas, que nuestros faros iban a enfocar e iluminar otras regiones lejanas, tenebrosas e insondables, del misterioso arcano.

Mayúsculo error. Dos ficciones enormes, dos monstruosas cordilleras, dos sombras siniestras se interponen a nuestro avance hacia ideales más amplios: Dios y Estado.

Y, demos las vueltas que se quiera, mientras subsistan estas dos ficciones, tormentos del espíritu y del cuerpo, no saldremos del fango.

Si la analogía entre estas dos ficciones es impresionante, la semejanza entre estadistas y clericales es alarmante. En más de un país han convergido en incestuoso abrazo.

En efecto, no es ningún fenómeno raro ver toda la fauna religiosa, en contubernio infamante, mancomunar sus esfuerzos con politicastro de toda laya para humillar los pueblos ante dos minotauros.

Y ¿no es extraordinaria, acaso, la similitud entre confesionarios y sacristías, por un lado, y comisariados y «chekas», por otro? Y las mismas o parecidas armas. Desde la insinuación hipócrita hasta el crimen, desde la corrupción hasta el tormento, desde el soborno hasta el sadismo, no hay método que no sea empleado para arrancar el secreto. El ser que logra salir de estos antros es reducido a una piltrafa. Son caricaturas de lo que fueron an-

tes. Psicológicamente, Lombroso y Freud se declararán impotentes para equilibrarlos. Fisiológicamente, los más hábiles especialistas de cirugía renunciarán a una intervención fracasada de antemano. A Quasimodo aún le quedan intactas las fibras del sentimiento; a estos nuevos nazarenos no les queda ninguna reminiscencia de su hombría.

En seminarios y universidades los mismos o parecidos estragos: inculcación de dogmas cerrados mediante métodos pedagógicos bárbaros.

Encíclicas y códigos, excomuniones y destierro, bulas, prebendas, impuestos... todo un rosario de miserias como dogal en el cuello y cargas insoportables sobre el ancho lomo del Pueblo.

¿Que las guerras más bestiales se sucedan a un ritmo acelerado?

¿Que la ignorancia alcance proporciones inimaginables?

¿Que el productor viva de limosna o caridad?

¿Que las madres se esterilicen o maldigan al vástago recién nacido?

¿Que una ola de corrupción, inmoralidad e idiotéz arrolle y sacuda la sociedad entera?

Ante cualquiera de estos cataclismos, ante no importa qué catástrofe de las que son ellos originarios, preguntadles.

Y el estadista os responderá : Suprema razón de Estado.

Y el eclesiástico os dirá : Designios impenetrables de Dios...

No importa que esta razón sea la más burda de las arbitrariedades o que estos designios sean los de un malvado. Dios y el Estado inmunizarán a sus servidores y ministros de todo error y lo eximirán de toda responsabilidad.

Pasó la última hecatombe. Los hogares humildes continúan en ruinas; el Pueblo vive en barrios infectos y cuevas troglodíticas; un racionamiento que nada tiene de racional sume en una próxima depauperación a la Humanidad, y, sin embargo, campos, fábricas, minas, talleres, todo marcha a un compás endiablado. Pero es para reconstruir iglesias, edificar templos, erigir cárceles, construir pa-

lacios, en fin, para un rearme mastodóntico y para que viva tanto zángano.

Y los Pueblos, para los que todas las semanas es Cuaresma integral y todas las fases de la Luna Ramadán insoslayable, persisten en sus caminos trillados.

Enormes peregrinaciones van hacia Roma, Lourdes, La Meca, Jerusalén... Y sus ojos de alucinados clávanse sobre Londres, Moscú, Washington, esperando que de allí surja el milagro.

Ante tales perspectivas no faltan los diablos mefitofélicos que susurran a nuestros oídos: Es tarea de Sísifo la vuestra.

Mas no lo creemos. En todo caso, seguimos en nuestras trece. Presentando nuevos ejemplos, gritando viejas verdades, apuntalando razones incontrovertibles, consumiendo teas, desempolvando olvidados retablos y así hasta que de la conciencia humana hayamos logrado diluir las penumbras que la ofuscan.

Mientras no hagamos asequible al entendimiento humano que los designios del Sér Supremo son los

deseos hábilmente camuflados de toda la casta ensotanada, y que las supremas razones de Estado son las ambiciones grotescamente disfrazadas de los politicastro de toda laya, no cesaremos en el empecinado combate.

Y si tú, Pueblo, después de desahuciar para siempre a tantos ídolos y farsantes, necesitas confiar y creer en razones superiores, he ahí las que generosamente te brinda la Anarquía:

Eres hijo de la Naturaleza. Amala, escrútala, péntrala. En ella hay una fuente inagotable de dichas.

Eres una individualidad del todo social. Perfeccionándote, superándote, mejorándote, demuestras quererla, ayudarla y superarla. Aseguras tu felicidad contribuyendo a la suya.

Más allá de esta filosofía y todo lo que trasciende de esta Etica, es pura fantasmagoría, pura quimera, pura abstracción.

¡Y que a estas alturas se nos apellide utopistas!

J. CAPDEVILA

LA REVOLUCION

La revolución, en el lenguaje político y social —y también en el lenguaje popular—, es un movimiento general a través del cual un pueblo o una clase, saliendo de la legalidad y transformando las instituciones vigentes, despedazando el pacto leonino impuesto por los dominadores a las clases dominadas, con una serie más o menos larga de insurrecciones, revueltas, motines, atentados y luchas de toda especie, abate definitivamente el régimen político y social al cual hasta entonces estaba sometido e instaura un orden nuevo.

El derrumbe de un régimen se efectúa por lo general en un tiempo relativamente breve: en pocos días la revolución de julio de 1830 sustituyó en Francia una dinastía por otra; en poco más de un año la revolución italiana de 1948; en seis o siete años la revolución francesa de 1789; en una docena de años la revolución inglesa de la mitad del siglo XVII. La revolución, y por lo tanto la demolición de hecho de un régimen político y social preexistente, es en realidad la culminación de una evolución anterior que se traduce en la realidad material rompiendo violentamente las formas sociales y la envoltura política que ha dejado de ser apta para contenerla. Acaba con el retorno a un estado normal, cuando la lucha he cesado, ya porque la victoria permita a la revolución instaurar un nuevo régimen, ya porque su derrota parcial o total restaure en parte o totalmente lo antiguo, dando lugar a la contrarrevolución.

La característica principal por la que se puede decir que la revolución ha comenzado, es el apartamiento de la legalidad, la ruptura del equilibrio y la disciplina estatal, la acción impune y victoriosa de la calle contra la ley. Previamente a un hecho específico y resolutivo de este género no hay revo-



lución aún. Puede haber un estado de ánimo revolucionario, una preparación revolucionaria, una condición de cosas más o menos favorable a la revolución; pueden darse episodios más o menos favorables de revuelta, tentativas insurreccionales, huelgas violentas o no, demostraciones sangrientas, incluso, atentados, etc. Pero mientras la fuerza se encuentra de parte de la ley vieja y del viejo poder no se ha entrado todavía en el período revolucionario.

La lucha contra el Estado, defensor armado del régimen, es, pues, la condición SINE QUA NON de la revolución. Esta tiende a limitar lo más posible el poder del Estado y a desarrollar el espíritu de libertad; a impulsar hasta el máximo límite posible al pueblo, a los súbditos de la vispera, a los explotados y a los oprimidos, hacia el uso de todas las libertades individuales y colectivas.

LUIS FABBRI

CROQUIS

ESPINEL

TRES años más joven que Cervantes, doce más viejo que Lope de Vega. Nacido en Ronda, el 28 de diciembre de 1550 y muerto en Madrid el 4 de febrero de 1624. Sobrevive ocho años a Cervantes, estando ya uno y otro de punta. Primero Vicente Espinel fué el corrector de Lope de Vega, y más tarde Lope el censor de Vicente. Así, pues « Vida del Escudero Marcos de Obregón » pasó por el harnero del « Monstruo de la Naturaleza » antes de que la obra se impusiese. « Muchos días y algunos meses y años — dice el autor — estuve dudoso si echaría en el corro a este pobre Escudero, desnudo de partes y lleno de trabajos, que la confianza y desconfianza me hacían una muy trabada e interior guerra ». En las páginas del avisado Marcos hay abundantes pasajes de la tumultuosa existencia de Espinel durante cerca de un cuarto de siglo. Sale de su pueblo, con pocos dineros y un espadón colgando del tayalí — regalo paterno —, a fin de estudiar en la Universidad de Salamanca. Camino a prueba de peripecias, tropiezos y aprietos. Espinel tenía atractivo, tenía ángel. En el prólogo al Escudero Marcos de José Mallorquí Figuerola encontramos dos fotografías de puño y letra del autor, una a saber :

« ...Tengo una ronca voz que acobarda, los pulmones y el pecho tan cerrados, bronca pronunciación, la lengua tarda, colérico el hablar o vizcaíno, peor el disparar que una lombarda ».

Y otra :

« ...Con la gordura tengo un ser de monstruo, grande la cara, el cuello corto y ancho, los pechos gruesos, casi con calostros, los brazos cortos, muy orondo el pancho..., las piernas torpes, el andar de pato, y la carne al tobillo se me arrolla ».

..

Desamparó los estudios impulsado por la sed de aventuras, que era el mozo Espinel coretón de suyo y le recomía el deseo de ver mundo. Sin duda, los pasos de Marcos marcan el itinerario de Vicente de una parte a otra de España, lo que quiere decir que cató pan de muchos hornos. El pan de muchos hornos tiene otro sabor que el de uno y no nutre. Fué dos cosas esencialmente : poeta innovador — el de la « espinela » — y músico, que agregó a la guitarra la quinta cuerda. Algo gordo hizo, porque huyendo de los corchetes, estuvo en un humilladero, acobijado tras de congraciarse con el ermitaño. « Y para la averiguación de los delitos, el mayor y más evidente testigo es huir el rostro ». Soldado en Italia, andarique, catasalsas y, a la postre, fraile : esto no iba con su natural galante, con su espiritual barroquismo, y determinó secularizarse. Sus devaneos en Ronda, ejerciendo de peor modo que el arcipreste Juan Ruiz el sacerdocio, valiéronle repetidos castigos. Tenía tantos amigos y era tanta su simpatía que le perdonaban. Murió en Madrid a los 74 años, siendo capellán de Santa Catalina de los Donados.

..

¿Por qué Cervantes y Espinel dejaron de ser amigos? El terceto de Miguel de Cervantes a Vicente Espinel en el « Viaje al Parnaso » dice así :

Este aunque tiene parte de Zoylo,
es el grande Espinel, que en la guitarra
tiene la prima, y en el raro estilo.

Zoylo no es una flor halagüeña, y por algo se la echa Cervantes. Siendo los enemigos de Miguel de Cervantes — el duque de Medina Sidonia, Lope de Vega, etc. — los favorecedores de Vicente Espinel, ¿qué mucho que el autor del « Quijote » y el de « Escudero Marcos » acabasen enemistados ?

..

Renato Lesage exprimió el Marcos de Obregón para escribir el « Gil Blas de Santillana », abuso que en España denunció el P. Isla y en Francia, en términos contundentes, Voltaire.

PUYOL

LOS QUE PRESCINDIERON DEL DINERO

« ¡Amos, que si que andáis atrasaus los de Barcelona! »

CUANDO la imaginación se lanza hacia el futuro, es comprensible que, en plan de especulaciones mentales, se admitan muchas cosas bien distantes de la realidad, del vivir habitual. Se teje una urdimbre de sueños; y, aunque « los sueños, sueños son », al decir del poeta, es aventurado dar como imposible en el porvenir todo cuanto ahora pueda parecernos desplazado o inadecuado. ¿Qué sabemos de lo que el mañana puede deparar? De uno a otro siglo, ¡cuántos hechos, de una u otra naturaleza, que cien, que cincuenta años antes de ser una realidad, parecieron imposibles, se estimó su realización como un absurdo, como una utopía! Sin embargo, lo juzgado un día como utopía, encarna en el vivir cotidiano como algo perfectamente normal y razonado. Y pasa el tiempo; y las gentes se habitúan a lo que, de surgir de la tumba pasadas generaciones, sería para ellos un motivo de verdadero asombro, de inaudita sorpresa.

Bien sabemos que todo lo modifica el tiempo. Se alteran las costumbres, los modos de convivencia, las formas de organización social. Lo que, en una época, se consideró como un lujo, como algo de uso exclusivo para cierta categoría de gentes, con el advenimiento de nuevos tiempos, en la marcha del vivir, se va haciendo de uso corriente.

Y si todo cambia, todo se modifica; si aspiraciones que un día se creyó serían irrealizables, alcanzan, en un más allá plena realización, ¿quién puede negar que el vivir no ha de proseguir, como nos enseña el pasado, llevando a efecto, en su aspecto evolutivo, hondas transformaciones? ¿Cómo no hemos de creer que lo llamado por los biólogos, **mutaciones bruscas**, que, en el orden de lo social, pueden ser las revoluciones, dejen sentir su profundo influjo transformador en el vivir humano?

Caben, en lo que atañe a las hipótesis, las más contradictorias suposiciones. Por ejemplo: dentro de cincuenta o cien años, el champán puede estar al alcance de los ciudadanos en general; puede también, que una tal bebida no interese a nadie, y sea relegada al olvido su elaboración. Es posible que en el futuro cada uno pueda disponer de un perfecto autogiro; es posible también que el curso de la existencia no vaya a un ritmo tan acelerado como para sernos necesario el uso de tal aparato volador. Es creíble que la maldad, la obsesión de dominio que caracteriza a ciertas gentes, dé ocasión a que la guerra atómica y bacteriológica destruya las cuatro quintas partes de los humanos que poblamos el planeta; y es verosímil también que, cuantos, al dictado del Capitalismo y del Estado, han sido el ciego instrumento de criminales propósitos, se crucen de brazos y digan: « ¡Basta! » Y con esta gesta mag-

nífica, de comprensión y desobediencia, queden fundados los basamentos de una nueva organización social, de la que ahora no podemos más que tener una idea vaga.

En aspiraciones de justicia, proyectadas hacia el futuro, nadie como los anarquistas es posible que haya ido tan lejos, en el anhelo de humana perfección. Hay una considerable labor de propaganda que especifica, de un modo amplio y comprensible, las modalidades que puede tener el ideal en una nueva, en un ambiente evolucionado. En este vasto conjunto de ideas, expuestas en libros, folletos, revistas y periódicos; difundidas en conferencias, en mítines, en asambleas, se habla de todo aquello que, a juicio de los anarquistas, representa un obstáculo para la estabilización de un régimen de equidad. Entre lo que más ha sido combatido se halla también el dinero. El dinero, que fomenta las más desordenadas pasiones; el dinero, que es factor de irritantes desigualdades en la vida económica, de los seres humanos; el dinero, que incita a cometer el crimen individual y hasta el crimen colectivo; el dinero, que perturba conciencias y hace de muchos hombres seres abyectos.

Cabe preguntar: ¿Es que mañana se podrá vivir sin dinero? Queda apuntado lo que, en torno al mañana, puede suponerse. Y al igual que podemos admitir la verosimilitud de otras cosas, ¿por qué regla de tres ha de ser posible convencernos de que en el futuro ha de ser absolutamente necesario el dinero, sin admitir que sin él se pueda pasar?

Pero, hay algo más elocuente que esa oscilación mental del sí o el no, proyectada hacia el futuro. Hay algo, con relación al dinero, que no se puede olvidar; que está en el conjunto de recuerdos aleccionantes que un día han de servir para escribir magníficas páginas de historia social. El hecho es que en España, en nuestro periodo revolucionario del 36, hubo pueblos, hubo comarcas, en las que el dinero no tuvo valor. Hay por ahí muchos compañeros aragoneses que saben muy bien cómo se pudo establecer un nexo de relación, de uso a otro pueblo, de una comarca a otra comarca, sin necesitar el dinero.

En cierta ocasión, por motivos de información periodística, fuimos de Barcelona a Bujaraloz. El compañero que conducía el coche, se dirigió a una tienda del pueblo y pidió tres o cuatro pesetas de pan. Una anciana, encargada del reparto de comestibles, se le quedó mirando, y sonriendo le dijo: « ¡Amos, que si que andáis atrasaus los de Barcelona! ¿Pero es que allí aún tenéis dinero? » La buena mujer se extrañaba de que en la capital, de donde tantas cosas se habían contado, estuviéramos aún enzarzados con el dinero, en tanto que, en muchos pueblos aragoneses no circulaba; y todos vivían bien. La mujer le dió pan y advirtió a nues-

tro compañero que podía guardarse el dinero ya que por allí no le haría falta.

Hubo ensayos de organización económica, de tipo libertario, en distintas regiones, mas, donde seguramente alcanzaron mayor duración y eficiencia fue en Aragón. Comarcales, compuestas de varios pueblos, tenían resuelto el problema de la distribución. En uno de los pueblos, de tal o cual comarca, estaba localizada la recogida y almacenaje de productos de todas las localidades comarcanas. Desde allí se hacía la distribución pertinente. El excedente de hortalizas, cereales, vino, aceite, ganado, o cualquier otro producto, que pudiera haber en una o en otra localidad, pasaban al Consejo Comarcal, quien, cubiertas las necesidades de la comarca, llevaba a efecto intercambios de trigo, aceite, o lo que fuere, con tejidos, calzado, herramientas, etc., procedentes de otras regiones. Y en este plan de intercambios y de ayuda mutua, que ya ha habido quienes han puesto de relieve de un modo minucioso, pasaron semanas y meses, sin tener necesidad del dinero. Había fe, se tenía entusiasmo, todos trabajaban con ahinco; y se procuraba, de la mejor manera posible, vencer las dificultades que las circunstancias motivaban.

Es comprensible que hubiera deficiencias. Se vivía cerca de los frentes, se tropezaba con la falta de transportes, había inexperiencia, no faltaban elementos fascistas emboscados, que hacían todo cuanto podían por entorpecer la obra revolucionaria. Pero es lo cierto, que económicamente tenían resueltas sus necesidades sin recurrir al dinero. Y, ateniéndose a lo de que « no sólo de pan vive el hombre », en la casa del Sindicato, de la Colectividad, o del Ateneo, había libros, revistas y periódicos, que también se habían adquirido sin dinero, y que estaban a la disposición de todos.

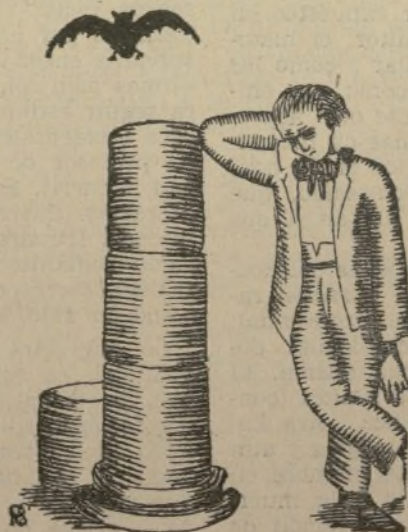
Puede alegarse que la vida en un pueblo campesino es bastante menos compleja que la de una populosa capital. Es cierto, mas, en tal caso, el problema a dilucidar sería el de la distribución. Además, si proyectamos nuestras miras hacia el futuro, posiblemente entonces se busque evitar la crea-

ción de núcleos densos en población. Téngase en cuenta que actualmente, en los planes modernos de urbanismo, se tiende a descongestionar las capitales, creando pequeñas poblaciones alrededor de las grandes ciudades. En lo concerniente al trabajo industrial, ya sabemos que el capitalismo, en su batallar en pos de adquirir nuevos mercados y superar al competidor, haciendo frente a la concurrencia nacional o del exterior, ha creado esos grandes talleres, esas fábricas imponentes en donde trabajan miles de obreros. En el futuro, y suponiendo que la sociedad se desenvuelve de un modo acorde con nuestro sentir de libertarios, no serán necesarias tales aglomeraciones industriales, puesto que no existirá, en tal caso, la competencia industrial y la explotación del hombre por el hombre. Con todo lo cual, sacamos la conclusión de que la vida ha de quedar mucho más simplificada para los efectos de la supresión del vil metal.

Puede argüirse que de no existir el dinero, será menester poner en uso vales, bonos, o algo que emane del Municipio, del Sindicato, de la Cooperativa o de la Colectividad. ¡Ah, en tal caso, ya no es dinero! No sabemos si, en el orden económico, las necesidades individuales y colectivas podrán satisfacerse libremente o mediante la garantía de algo. Pero, aun suponiendo que se hiciera uso de unos vales o algo parecido, ello acreditaría que su poseedor era un elemento productor en la colectividad social, integrada por elementos útiles a la sociedad, y, por tanto, al bienestar común. Huelga decir quienes son ahora los que benefician de toda suerte de comodidades, cual es el rol social que desempeñan y cuales las causas determinantes de que tales seres vivan de lo que los demás producen y lleven una existencia de verdaderos parásitos.

Quienes, en diversas comarcas aragonesas, supieron prescindir del dinero, cortaron el parasitismo social. Los que en el futuro lleguen a hacer lo propio, es verosímil que han de conseguirlo también; y muy posiblemente, de un modo definitivo.

FONTAURA



DE MI CALENDARIO

6 de enero

CIERTAS obras de teatro rebasan los marcos rígidos de las normas clásicas de la dramaturgia. No se las puede clasificar en un determinado sector del arte que cobra su expresión viva sobre las planchas del escenario. Sus autores no son « especialistas » que sepan arreglar un drama o una comedia según fórmulas consagradas, sin ignorar lo que suele llamarse el gusto del público. Este gusto es relativo, es caprichoso, efímero y por eso no sirve a los verdaderos creadores de valores éticos y estéticos en la orientación temática y, al menos, en la elección del « argumento ».

« El baile de los leprosos » es una de estas obras escrita por médico y psicoanalista, el Dr. Ludwig Berghoff, preocupado por el destino del hombre. Se trata, pues, de un problema de conciencia, expuesto en una forma que no es un guión de film, ni una genuina pieza de teatro. Sin embargo, es a la vez un film porque ciertos momentos de la acción (la rebelión de los leprosos, que en la noche del baile de beneficencia organizado por la alta sociedad, irrumpen con sus llagas y caras corroidas) exigen los amplios medios técnicos del cinema; y, por otra parte, algunos episodios necesitan ese desarrollo en profundidad, con transposición en la perspectiva universal de la lucha contra el mal que puede ser tan físico como moral, individual y social. Por eso el autor señala su obra como « film y pieza de teatro ».

De todos modos, esta obra es impresionante por la simple lectura, ya que nadie se atrevió hasta ahora a llevar al escenario una leprosería en toda su amplitud y con todos sus horrendos pormenores. Pero ya tiene su lugar en la colección, más bien escasa, de trabajos relacionados a la medicina social. Sus problemas pueden ser expuestos en su doble aspecto, como lo hace el autor: el histórico y social, tan vasto y « espectacular » como los padecimientos de la humanidad y como sus empeños contra la naturaleza — y en ese otro aspecto, interior, ya que todos los problemas de medicina social están hondamente arraigados en la conciencia y el alma del individuo esclarecido, que no puede ignorar los flagelos que azotan a sus semejantes.

El tema central de la pieza: los empeños del doctor Alsen para descubrir un medio de curación radical de la lepra, no es meramente profesional; está enlazado con todas las realidades sociales, políticas y económicas de la humanidad misma. El autor tuvo la valentía de superar los límites (convencionales) de la « disciplina » médica, para hacer resaltar — por la acción a la vez trágica y aun fantástica de la obra — el destino del hombre en incesante lucha contra el sufrimiento y la muerte. Esta lucha tiende también a la liberación de

las opresiones políticas y las injusticias sociales. Sus personajes son reales, pero también simbólicos, representantes de varias capas de la sociedad, desde el rey hasta el obrero, desde la masa hasta sus verdaderas « élites » culturales.

Así, la acción se desenvuelve con dramática intensidad, en los dominios de la ciencia, de las realidades exteriores, y con los escondrijos del corazón y de la mente. La lepra es tan física como moral. No faltan las « intrigas » del amor, entretejidas en la urdimbre de los conflictos sociales. Todas las pasiones de los hombres sanos se manifiestan con mayor virulencia en el mundo de los enfermos, de aquellos devorados por una plaga que parece incurable, de los desfigurados y lisiados que quieren vivir y amar, resistiendo con encarnizamiento aquello que los espíritus mediocres o resignados llaman « fatalidad ». Ellos se rebelan contra la tiranía de sus propias fatalidades corporales y sociales, biológicas y aun biocósmicas. Si el autor ha mostrado en toda desnudez la máscara horrenda del leproso físico, él ha arrancado también la máscara artificial del leproso moral, para descubrir finalmente detrás de sus apariencias la cara idealizada — comprensiva y compasiva — del Hombre fraternal, de todas partes y de siempre.



17 de abril

Natsume Soseki es uno de los representantes prominentes de la literatura japonesa moderna, que ha tomado de la cultura europea algunos conceptos y métodos de expresión, conservando no obstante una notable originalidad. Nacido en Tokio de una familia de Samurais, ha sido criado en una familia pobre. Hizo buenos estudios. Como profesor de Liceo, vivió en varias ciudades del Japón. Retirado por algún tiempo en un templo budista, volvió a enseñar en colegios. En 1900 le enviaron — más bien contra su voluntad — a Inglaterra para seguir estudiando. No le agradaban las costumbres occidentales. De regreso a Tokio fue nombrado profesor de literatura inglesa en la Universidad imperial. Empezó entonces a escribir sus obras literarias. Carrera breve, apenas trece años, pero intensa, fructífera, renovadora. Después de un período romántico y otro de transición, el período realista corresponde a su madurez de escritor. Falleció en 1916, antes de cumplir cincuenta años.

Lo que para un literato japonés es una gran cualidad, se convierte en defecto para un europeo. Es difícil transponer, en una traducción, la perfección estilística de Natsume Soseki (yo lo he leído en la versión francesa de R. Martinic) arraigado en la cultura clásica, es decir, en la China que tiene en el Japón el papel de la cultura latina y griega en Europa. Soseki posee también un

agudo sentido del humor, lo que se manifiesta raras veces en los escritores japoneses. Sus dotes de observación y de análisis lo han acercado a los padecimientos humanos Samurái por nacimiento, él no estaba sin embargo al lado de los aristócratas, practicando la abnegación « según el ejemplo del Cielo », como aconseja una máxima china. Pese a su cultura occidental, se ha mantenido como un verdadero artista oriental. Algunas de sus obras, particularmente los sutiles cuentos, están considerados como « inaccesibles » a los europeos.

En « La Puerta », una novela extensa, la acción es tan lenta, extraviada en pormenores, en interminable suceder de imágenes y episodios, que un europeo no podría leerla si no fuera advertido que el encanto de esta obra consiste precisamente en esta atmósfera específica, pintoresca y minuciosa de la vida familiar japonesa. El héroe, Sosuko, es

un joven empleado que lleva con su esposa una existencia mediocre, muy limitada, arreglada como un reloj, insípida como la nada. Le falta la voluntad. Tuvo la suerte de no ser despedido — y todo y todas se desenvuelven en una fastidiosa uniformidad, despacio, despacio. El destino lo arrastra como un río manso. Una sola vez ha tratado de evadirse de esta agobiadora monotonía. Hizo alarde de voluntad, pidiendo a un portero que le abriera la puerta. Pero el portero se quedó inmóvil... Su única tentativa de libre acción ha fracasado. La vida lo ha apresado nuevamente con sus costumbres y rutinas. Pero el autor ha escrito páginas chispeantes de humor, que prestan fino sabor a un « argumento » tan elemental, carente de lo que gusta al occidental mediano : lo espectacular y lo sensacional.

EUGEN RELGIS

ASI como las cosas con las cuales estamos y hemos estado siempre íntimamente unidos — aquéllas que por la fuerza de la costumbre no constituyen sino una con nosotros —, son precisamente las que más trabajo nos cuestan darnos cuenta, del mismo modo la esencia del Estado ha permanecido, hasta el presente, una cosa bastante oscura para la ciencia. Ciertamente, las « definiciones » del Estado no faltan; hay, de esas definiciones, en montón, casi tantas como profesores de derecho político, pero es vano generalmente buscar definiciones exactas en los tratados y en los sistemas de ciencia política.

La escolástica moderna ha devanado la definición del Estado hasta el punto de hacer de ella toda una doctrina especial. Von Rottenburg ha publicado en Berlín el « primer volumen » de una obra « sobre la noción del Estado ». Hay también ya una historia de esta doctrina y una « metódica » de esta misma doctrina : ¡una ciencia del método que le conviene! ¡No falta más que una « definición » de esta doctrina de la definición del Estado! Ni que decir tiene que, con todo eso, en lugar de avanzar, nos atascamos. Unos se contentan con una frase general; dicen, por ejemplo, que el Estado es « la personalidad del pueblo organizada » (Bluntschli), o que es « la forma más elevada de la personalidad », o « el organismo de la libertad »; otros salen del paso con una imagen, una comparación o una analogía, diciendo, por ejemplo, que el Estado es un « ser viviente », un « organismo », etc. Kies hace observar con razón, a propósito de este organismo, que « es siempre una cosa fastidiosa y una prueba de oscuridad en los pensamientos hablar por imágenes y comparaciones cuando se trata de nociones científicas ». Se realiza un gran progreso cuando Schulze, en un párrafo sobre « la manera de proceder para definir el Estado », afirma : « Se trata de separar, en la abundancia de los fenómenos históricos, lo que es esencial de lo que no lo es ». He aquí la definición a la cual Schulze llega después de haber investigado metódicamente los caracteres del Estado en la historia : « El Estado es la reunión de un pueblo sedentario en una colectividad orgánica, bajo un poder superior y bajo una constitución determinada, para alcanzar todos los fines comunes de la vida nacional, particularmente para establecer el orden jurídico. »

Esta definición sería mucho mejor si se eliminaran de ella ciertas superficialidades, por ejemplo, las palabras « en una colectividad orgánica », porque la noción un poco nebulosa que encierran está ya implicada en las palabras precedentes : « de un pueblo sedentario ». Decir « pueblo » y añadir « sedentario », trae consigo « colectividad orgánica ». Por otra parte, el pueblo sedentario no puede existir sin que el Estado exista : un « pueblo sedentario » no tiene ya que « reunirse » en un Estado. Del mismo modo, era superfluo mencionar la « constitución », porque, si se entiende por tal una constitución escrita, éste no es un carácter necesario para un Estado; si se piensa en una constitución no escrita, ésta está ya contenida en la noción de « pueblo sedentario ».

Si los profesores de derecho político no admitieran realmente en la definición del Estado sino los caracteres esenciales que se encuentran siempre y por todas partes en todos los Estados, estarían muy pronto de acuerdo sobre este punto, porque no hay sino dos caracteres de este género : todo Estado es un conjunto de instituciones que tienen por fin la dominación de cierto número de hombres sobre otros hombres, y esta dominación es siempre ejercida por una **minoría** sobre una **mayoría**. El Estado es, pues, una organización de la supremacía de una minoría sobre una mayoría. He ahí la única definición exacta del Estado, la única que conviene a todos los Estados en general y a cada Estado en particular.

LUIS GUMPLOWIEZ

Ante el desarreglo del mundo **EL ANARQUISMO,** **UNICA SOLUCION EFECTIVA**

(CONTINUACION)

Un estudio de **JUAN FERRER**

5. — EL MAL DE DONDE PROCEDE

PORQUE los españoles hemos practicado una honrosa política de descamisados, convirtiendo la calle en escenario, en lugar de comprimirnos en la estrechez de los salones, los movimientos intelectual y obrerista exteriores apenas si conceden valor a nuestros episodios de una gran fuerza emocional y popular. Sin embargo, es difícil hallar en la historia general del proletariado moderno otra gesta ejemplar como la de 1936 en España.

Frente a la amenaza fascista, la democracia obrera y los conglomerados comunistas reaccionaron mal. Desconocemos el país en que ambos factores hayan resistido con eficacia el peligro de absorción totalitaria. A lo sumo resistencias débiles y esporádicas, o cortas y sin esperanza, como ocurrió en Austria. Por su mala disposición o por tratarse de dos movimientos parejos en depredación y anquilosamiento, el socialismo y el comunismo italianos no pudieron afrontar a las abigarradas y no invencibles pandillas capitaneadas por el declamante Mussolini. Hay que rendir homenaje a los grupos activistas que defendieron bravamente las vidas de sus componentes y los centros obreros. Pero en calidad de reacción colectiva, dejamos dicho que el obrerismo italiano no estuvo a la altura de las circunstancias. Por este motivo Mussolini y los suyos, sin significar un alud irresistible, hicieron tragar toneladas de ricino y pudieron apalea y matar a obreros conscientes sin atenderse a la réplica merecida. Los militantes del antifascismo fueron cayendo al ejemplo de Matteoti, sin que la ira de un pueblo así maltratado se manifestara con aplomo también mortal. Los millones de afectos a las dos ramas marxistas fallaron en el momento preciso, siendo su responsabilidad grandísima habida cuenta que desde Italia se estimuló luego al fascismo internacional.

No se puede argüir que el anarcosindicalismo de aquel país esté igualmente incurso en responsabilidad. El desastre de 1922 no se hubiese producido si los anarquistas y la Unione Sindacale Italiana hubiesen arrastrado tras sí un importante volumen de adhesiones. Lamentablemente, los efectivos sindical-libertarios de aquella época no iban más allá de cuarenta mil hombres esparcidos a lo largo de la península. La resistencia de éstos fue todo lo que podía ser: esporádica.

Concretamente, Italia cedió al fascismo sin resistencia apreciable, pudiendo Mussolini presumir de la adhesión de un pueblo que, si no le seguía, cuando menos dejaba hacer. ¿Qué falta de visión o de entendimiento fue ésa de los amigos italianos en

el momento más peligroso que han atravesado! Porque temple lo había en ellos, lo que se pudo apreciar en los frentes de España. Allí, los italianos se comportaron con voluntad y arrojo. Esta valentía, empleada a tiempo en su país, ¿no habría convertido la cantada y decantada marcha sobre Roma en una especie de desastre de Brihuega?

Como hemos apuntado, tampoco Austria fué afortunada en su oposición a los afanes totalitarios del católico Dollfus. Habiendo disfrutado del poder durante unos años, la socialdemocracia austriaca no podía perder la partida. Cuando la reacción se levantó en armas, utilizando los arsenales del Estado (la misma historia que en España), el pueblo podía estar armado hasta los dientes e incluso tener minados los resortes cuarteleros. Los dirigentes izquierdistas habían obrado con exceso de confianza y los dirigidos también. Hasta que la hiena, afilada los colmillos, se les echó encima, obligándoles a una desesperada resistencia de dos días, simbolizada en la defensa de la casa-bloque «Carlos Marx».

Alemania siguió peor camino, a despecho de sus catorce millones de votantes republicanos marxistas, de un majestuoso frente lírico de izquierdas, de sus centenares de diputados antinazis, de los capitales obreros importantísimos, y a pesar de haber usufructuado la jefatura del Estado y la dirección del Gabinete federal. Es muy grave que, no habiendo sido cogidos de improviso, los contrincantes del nacionalsocialismo no prepararan una defensa mejor. Liebknecht y la Luxemburg cayeron abatidos por la «Mano Negra» prusiana, como Erzberger, Kurt Eisner y Stressemann. Estos avisos fueron lo suficientemente elocuentes para que los elementos avanzados los pudieran desconsiderar. ¿Qué ocurrió entonces en la Alemania pre-nazi?

Que los gobernantes obreristas hicieron el juego al Capitalismo abatiendo revoluciones y revolucionarios, sembrando el desconcierto entre los trabajadores. El servicio que los políticos de izquierda alemanes rindieron a la causa de los «junkers» es inmenso, y ninguna razón divina ni humana puede aligerarles del peso de su culpabilidad. Aparte la anulación de Alemania como país civilizado (no exageramos: téngase presente la existencia de la Gestapo, de las fuerzas SS. y S.A. de los campos de exterminio y la anulación de todos los derechos y la renuncia al sentido de humanidad), está la pérdida de los valores morales y económicos, el sacrificio de cincuenta millones de criaturas humanas, el martirio de millones de familias y el hambre, la inmoralidad y el escepticismo que en la presente postguerra imperan por todo. Sin la cobardía (ahorramos adrede el mote «traición») de los jefes po-

líticos, tal vez las camisas pardas no se hubiesen impuesto, evitándose, como consecuencia, el martirio del pueblo alemán y de los demás pueblos comprendidos en las esferas de ocupación y guerra.

El obrerismo parlamentario que aún persiste en sus campañas de castración social o de incapacitación revolucionaria de los trabajadores, que piensan en las profundas amarguras que el gregarismo o la inconsciencia de las masas les han proporcionado a la Humanidad. La revolución más violenta y transformadora no hubiese amontonado cincuenta millones de cadáveres, posibilitando, en cambio, una era de paz definitiva. Inversamente, la posición revolucionaria de los productores facilitó la entronización de un hatajo de locos que postraron a los pueblos, maltrechos y envilecidos, a sus herrados pies.

Hay que acabar con el conformismo, con el ovejismo. Las lecciones recibidas son demasiado duras para ser olvidadas. En adelante, la Humanidad no debe continuar expuesta, por error o por tibieza, a una recaída que podría alcanzar consecuencias catastróficas.

Indefectiblemente, por la vía parlamentaria los pueblos peligran de ser abocados a una nueva y más terrible guerra, mientras que por la revolución conseguirían paz y bienestar efectivos.

6.—EL PROBLEMA DE ESPAÑA

Si la ascensión del fascismo en Italia y Alemania fue cumplida con facilidad matemática, en España los acontecimientos se debían producir de muy distinta manera. Por carencia de doblez y firmeza de carácter, al español le estaba reservado demostrar a las potencias totalitarias y a las vacilantes democracias lo que puede un pueblo cuando no está dispuesto a dejarse enyugar. Por experiencias de 1909, 1917, 1920-22, 1923, 1930 y 1934, la España cuartelera y clerical pudo suponer que la resistencia del Pueblo a sus propósitos de dictadura feroz se limitaría, a lo sumo, a una semana de escaramuzas. Después sería la desbandada y la caza del ciudadano-conejo ejercitada a gusto y placer. El régimen fascista podría ser establecido rápidamente y en condiciones de la máxima seguridad.

Esta es la promesa que Sanjurjo trajo de Berlín en 1934, y la que Goicoechea, Olazábal, Lizarza y el general Barrera repitieron el mismo año en Roma, previa obtención de fondos y promesa de material bélico y carne de cañón.

Afectados de ceguera, militares, falangistas y curas subestimaron el «élan» combativo de los hombres de la Confederación Nacional del Trabajo. Acostumbrados a interpretar la Historia de España a su favor, se limitaron a señalar con yeso rojo a las escasas fuerzas de Orden público que podían revelarse afectas al Gobierno republicano. Lo demás, nada: un salto de descamisados fanáticos de la pistola. Las ametralladoras y los cañones de los insurgentes darian pronto cuenta de ellos.

Vana esperanza. Con todos sus errores, la Federación Anarquista Ibérica tiene en su haber la preparación bélica de los cuadros efectivos de la C.N.T.; el haber creado una sicosis de combate

entre el elemento disconforme, siempre abundante en terreno español. No bien entrados en rebeldía, Ejército y Falange recibieron la réplica contundente y audaz de los «pistoleros» de la F.A.I. Entusiasmados por semejante ayuda, los agentes del Gobierno cumplieron, en varios lugares, con su deber. Sorprendidos y batidos, los insurrectos rindieron pellejo cuando no tuvieron el valor del suicidio. Esta fue la sorpresa que la España confederal y antifascista reservó a los sublevados y a sus amos de Roma y Berlín, y éste fue el inicio de una profunda renovación social. Lejos de regresar, la vida del país iba a experimentar un empuje que superaría toda previsión. La reacción, agazapada en las regiones más pobres de España, sería destruida a pesar de todas las resistencias. La Iglesia y el Cuartel habían jugado al todo y se iban a quedar sin nada. Por su torpeza, el fascismo había abierto en España la era de la Revolución Social. Por el fuego se quería regresar a la Edad Media, y el fuego nos aportaba la Anarquía. La inversidad de lo que se esperaba sorprendió tanto al Eje como a las potencias llamadas democráticas. Pasado el primer momento de estupor, más o menos recatadamente, los Estados se decidieron por la causa del inquisitorial Franco. El miedo al ejemplo español indujo a todas las naciones, menos a dos, a combatirnos. Los Estados negros ayudarían rápidamente y descaradamente a las fuerzas reaccionarias, y los Estados rosas aplicarían a la España leal boicót severo. Para ello inventaron las democracias el sistema de asfixia llamado «no intervención». El ejército insurrecto acumulaba armas, hombres, víveres y dinero para la intriga, mientras las Milicias del Pueblo se veían reducidas a su propio y escaso elemento. Andando los meses, las tropas franquistas se recobraban de su inicial supor, al tiempo que los «rojos» (hasta la prensa liberal extranjera se aficionó a la lexicografía fascista) entraríamos en déficit de todo gracias al vacío internacional. El tiempo trabajaría en favor del enemigo, pero el tiempo, en aquella ocasión, estuvo manipulado por la invisible coacción democrático-totalitaria puesta en jarras para acabar con el irreverente pigmeo que nosotros fuimos frente a la internacionalidad.

Nuestra desdicha —creemos haberlo insinuado— no parte exclusivamente de Franco y sus mandatarios. Los Estados liberales y las masas obreras de todos los países llevan gran parte de responsabilidad en el descalabro que luego sufrimos.

Ello, no obstante, hemos brindado ejemplo al mundo que no se entiende, que no halla la puerta de salida a su complicada situación. De la noche a la mañana, los productores de media España nos encontramos con la responsabilidad del país en la palma de la mano. Lejos de vacilar, aceptamos corajudos el riesgo de la empresa. Fuimos osados y dimos cara a los difíciles problemas de nuestro interior. La técnica burguesa, generalmente poca amiga de los trabajadores, correspondió lo menos que pudo. Por todas partes se levantaron obstáculos, impedimentos y resistencias. El desamor y la pésima disposición de los funcionarios impedían el aprovisionamiento o la repartición normal de las

materias primas. Con éstas se hacía política de partido. Las Colectividades de trabajo libres chocaban con más dificultades: el bloqueo franquista y la enemiga de un Gobierno leal que para nosotros no lo era. Para los libertarios, artífices de la Revolución, no había lealtad posible. Entretanto, la reacción internacional seguía colmando de material los parques del ejército enemigo. Italianos, alemanes e irlandeses seguían afluyendo a docenas de millares a los puertos insurrectos. La situación se traducía en angustiosa en los frentes y en la retaguardia. Y, no obstante, los trabajadores conscientes de su deber, seguían empleándose con ardor en provechosas ocupaciones. Por ellos no perderíamos la guerra. Los que batieron el cobre en las líneas de fuego conocen bien la calidad del sacrificio del verdadero antifascismo de retaguardia. Saben que no sólo era ocasión de mover el toro y de fecundar la tierra. Había, además, que aguzar el ingenio, improvisar, discutir en oficinas rebosando gente que no producía y que apenas dejaba producir. El triunfo momentáneo del 19 de julio, en general fue de factura cenetista. La derrota la consiguieron los burócratas y los agentes de partido. Los metales no llegaban a la fragua ni al surco los abonos. Si. Taller y campo sostenían un emblema: C.N.T. El aceite y el vino permanecían en sus tinajas en espera del asalto fascista, en tanto que la ciudadanía no podía rociar. Pan, patatas, arroz, carne, de todo se carecía en los hogares humildes, pero en los comedores de los ricos y de los situados, no. Los paquetes «standard» que venían del extranjero fueron tan familiares en los hogares de los funcionarios como desconocidos de las familias trabajadoras y de los deudos de los combatientes. Cosas ingratas éstas que no incitan, ciertamente, a recordar.

Si la Revolución no hubiese degenerado en guerra habría sido otro cantar. Los ejemplos de capacidad reconstructiva, que apesar de todo fueron prodigados, se habrían multiplicado y aunado en un propósito de verídica socialización. El sistema burgués había quebrado el 19 de julio, y esta conquista gustada exigirá una repetición. Somos opulentos en experiencias, conocemos la fórmula de la voluntad. Con ambos elementos se consigue cuanto se posee, y por ellos se podrá alcanzar abundancia y eterna libertad. En otra ocasión, superada la crisis negativa, movilizaremos hombres y recursos para el trabajo y por poco que el acierto nos acompañe, alcanzaremos una perfección que sorprenderá a los ignorantes de nuestro poder y de la fuerza de nuestra obstinación. No se trata de lirismos, de argumentaciones teatrales. Somos gente probada en el yunque de la adversidad y artífices de orgullosas realidades. Vale mucho lo nuestro. Cuanto más tiempo pasa, más claro vemos el porvenir del mundo en nuestras manos.

Nadie será capaz de borrar los ejemplos sorprendidos, cual brillantes, de una situación desfavorable. Conocimos una Colectividad de la Madera de ingreso voluntario. La marcha normal y ascendente de aquella libre asociación de trabajo cautivó al resto de los patronos, al extremo de que se integraron, sin coacción alguna, al magnífico ta-

ller comunal. El Ramo de la Edificación tuvo un buen cuidado la urbanización e higiene de la ciudad en su aspecto habitativo. Las casas infectas fueron derribadas, algunas calles rectificadas, varios talleres de modernista, los conventos adaptados a las necesidades públicas y ya estaban planeados hermosos proyectos para el porvenir. El Arte Rodado cumplía al momento los encargos industriales, particulares, y de guerra, y si algún resorte fallaba en su diario trasiego era por defectos de circunstancias, jamás por falta de voluntad. Los campesinos establecieron colmena social en dos grandes propiedades incautadas, añadiendo las suyas particulares al lote de tierra común. Esta comunidad de trabajo fue un modelo de organización y laboriosidad. El Comité Revolucionario de la localidad instituyó un Centro de Producción Lechera sin participación de la mayoría de los productores, aferrados ellos a un cable de salvación: la patronal anagrafiada GEPCI. La leche de nuestra vaquería se ofreció al consumo diario en las condiciones de máxima nutrición y pureza (30, 30,50 y 31 grados) salida de una cuadra moderna, sujeta a limpieza ejemplar. Por el contrario, la leche bendecida por curas rojos salía de teta (por milagro de las sales) a 28,50 grados máximo. Agualeches lo eran gepecianos y partido protector en todos los aspectos. La Granja Agrícola de la Revolución fue otro ejemplo de disposición creadora. Con sargentos en cabeza la obra hubiese parecido en embrión. Con amor de pueblo y conciencia en el trabajo, la Granja dio el fruto apetecido. Ningún esfuerzo fue regateado, siendo el establecimiento montado con arreglo a las delicadas exigencias de la técnica de crianza de aves. Ocho mil hermosas gallinas raza Prat fueron consumidas por el Ejército republicano en retirada, antes que cayeran en poder de las tropas del Eje. El Hospital Comarcal fue transformado en su aspecto externo y en su régimen interior. El ambiente monacal de antes fue liquidado rápidamente y arrancadas las rejas presidiarias. Grandes aberturas fueron practicadas para dar paso al sol y con él a la alegría del vivir. El blanco esmaltado ennobleció aquellas paredes hasta entonces cubiertas con un limo de dolor. Gracias a la Revolución, la casa de los enfermos respiró optimismo y humanidad. Los hospitalizados no presenciaban estampas milagreras, pero llevaban el Comité Revolucionario y a las compañeras responsables grabados en su corazón. Un proyecto de pantano, viejo de treinta años, entró en vías de ejecución. De no sobrevenir la derrota, a estas horas unas tierras habrían diluido sus asperosidades al contacto con las aguas. Con seis millones de pesetas habríamos obtenido un embalse capaz para 24 millones de metros cúbicos del líquido elemento, y un valle estepario se habría convertido en vergel. Los servicios de electricidad, gas y agua funcionaron al cuidado específico de los obreros. La metalurgia trabajo sin amos, y el textil bajo la dirección conjunta de expertos y manuales.

Roto el orden de la burguesía, la sociedad no se hundió y aprendió normas nuevas y equitativas de organización.

Sin elemento policiaco, desaparecieron los ladrones; sin Guardia Civil, los asesinos.

Una localidad de 4.000 habitantes se confió absolutamente a los servicios de la C.N.T. En Política y en Economía. Fue la cola de la Primera Internacional. El Ayuntamiento consistió, prácticamente, hasta mayo de 1937, en un Comité Popular emanado del y al servicio del Pueblo. El comercio fue absorbido por un sistema de cooperación en el que participaron todos los ciudadanos, a excepción del indispensable grupito de refractarios. Cuando éstos, por presión exterior, pudieron afirmarse, los hombres más queridos del vecindario fueron encarcelados, y así la villa perdió tranquilidad y conoció el hambre.

En Torroella de Montgri nos apeamos sin conocimiento preciso del lugar. Las industrias socializadas CNT-AIT nos condujeron a sitio con sus rótulos indicativos. Llegamos a la Federación Local, ciertamente convertida en Municipio libre. Aquello era la central de las actividades provechosas, el nudo de relación y solidaridad entre las diversas ramas del trabajo. En Torroella, gracias a la Revolución, no se conocía persona ni familia indigente. Todo ser válido rendía tributo a las labores, y en la hora del yantar ningún plato carecía de ración. Las industrias y la tierra estaban sólidamente entrelazadas y el desenvolvimiento de la vida, sin la sombra maldita de la guerra, abría sido normal en grado superlativo.

En Emporium vimos repetir la suerte de perfección colectiva de Torroella, aquí con visos de socialización campesina. Jamás las tierras de estos pueblos habían sido tratadas con más cariño y asiduidad. Los viejos trabajadores se reunían al sol de las plazas, confortados por un régimen social que se consideraba obligado a atenderlos sin humillación ni encierro. Esta plasmación de la moral anarquista en la carne viva de la Sociedad ha dejado rastro indeleble en los espíritus, y con bestia-

lidad falangista de por medio, menos aún se podrá extirpar.

En Rosas, las barcas pescadoras carecieron de dueño, puesto que dueña lo era la colectividad. Rosas tuvo arreglos en el puerto, hospital científicamente organizado, puente nuevo, calles en orden y participación guerrera gracias al aporte de una industria —la pesquera— que había dejado de ser particular.

En la Escala, los compañeros, además de su régimen colectivista, establecieron un Centro de preparación espiritual, que fue confiado a los cuidados de un meritísimo militante, buen artista y helenista empedernido. La magnífica biblioteca, decorada al gusto profundo y discreto, contenía 10.000 volúmenes tratando las más diversas materias. Graciosas estatuillas y lozas de mérito obtenían colocación exacta en la coronación de un mueble o en la cúspide de un trípode angular. Este rincón ateniense —que evocamos con cariño por habernos facilitado la labor de toda una noche bañados en efluvios de arte y polvo de eternidad—, disponía también de salones para conciertos, conferencias, exposiciones y tertulias. El mayor homenaje que el salvajismo, de quien sea, puede haberle dedicado, es la destrucción de este nido de espiritualidad.

Y así, cada pueblo, comarca y región podrían expresar la obra de los compañeros, asistidos entusiásticamente de las masas populares, lo que sin duda un día se hará para ilustración de ignorantes y estímulo de insatisfechos.

Perdimos, en el orden material, abrumados por doscientos millones de enemigos y abandonados por la casi totalidad de los considerados amigos. Pero moralmente, los españoles hemos triunfado. Nuestra lección es única y de gran clase, y los pueblos, si tratan de superarse, la tendrán que considerar.

(Continuará.)

INGENUAS PICANTES

Cuando menos lo esperaba, cierto político se vio destinado para ocupar un puesto de ministro en el gobierno que se estaba formando.

—En cuanto me lo anunciaron, solía decir, telefoneé a mi señora para ver el efecto que le hacía.

—¿Te gustaría, le pregunté, ser la mujer de un ministro?

Mi señora reflexionó y al cabo de un momento me preguntó:

—¿De cuál?

POR UNA CONDUCTA HUMANA MEJOR

La voluntad libertaria

«**L**a verdad nos salvará », afirma Ricardo Mella. Estamos seguros : con sinceridad y amor, con voluntad de hacer todo el bien que pensamos y sentimos, podemos salvarnos de la bestialidad heredada, de las miserias de todas las clases, de origen social y psicológico, en particular, y de la guerra, que es decir salvar de la muerte prematura a nuestra especie.

Es por lo que luchamos los libertarios : por el triunfo de la Verdad. Ciertamente que la Ciencia es el símbolo material y más claro de aquélla, de la Verdad sin tapujos, que se observa y comprueba, pero también son verdad el Arte y la Moral, que van, incansable, en busca de la Belleza y del Bien, respectivamente, expresando ideales limpios, bellos y buenos, de superación y perfección en todas las actividades humanas. O han de serlo para no traicionar la Verdad o ser remedos de ésta. Y se complementan, como debieran complementarse, sin contradecirse y menos negarse u oponerse, lo objetivo y lo subjetivo del ser humano formando en él armonía, unidad de vida, equilibrio psicológico, mental, sensible, afectivo y emocional, elevado, noble y constructivo.

La vida normal, armónica, equilibrada, de la persona humana sólo puede lograrse disfrutando de Libertad madre de la Verdad, que engloba todas las verdades simples y complejas, útiles, bellas y morales, buenas, que convergen aunque sigan por distintas rutas científicas, estéticas y éticas siempre libres y luminosas. Pero sin Libertad integral, que el mundo autoritario impide la disfruten los individuos humanos y los pueblos, la Verdad no puede desarrollarse y crecer plena y esplendorosamente como se desarrolla en las ramas de la tecnología y de la ciencia atómica, que le conviene al precipitado mundo de la tiranía y de la expropiación para aumentar sus fuerzas autoritarias.

La Mentira no resiste el contraste con la Verdad desnuda, atrayente y hermosa, inspiradora de altos ideales. Esta siempre se vio y se verá reducida y contenida, hasta cierto punto, falseada y combatida por las clases privilegiadas detentadoras de los bienes colectivos. Estas combaten la Verdad, con todas sus fuerzas, a sabiendas que acabará por vencerlas, porque va poniendo al descubierto sus iniquidades y sus fealdades, desenmascarándolas y señalándolas como enemigas de la Libertad, de la verdadera Belleza y del verdadero Bien que, para serlo, y admitirlo como tal, ha de comprobarse que tiende a beneficiar a todo el género humano y no a un reducido número de miembros del mismo sin escrúpulos, sin conciencia mo-

ral, que pretenden continuar detentando los bienes que pertenecen a todos sus semejantes.

La Ciencia, la Tecnología, el Trabajo, en todas sus manifestaciones manuales e intelectuales, el Arte y la Ética no podrán cumplir ampliamente su primordial misión bienhechora, de beneficiar, realmente, a todos o a la inmensa mayoría de nuestros congéneres mientras no podamos conquistar, disfrutar y practicar la entera Libertad. Por su conquista luchamos los libertarios en España y en todo el orbe, porque de ésta depende que sea posible la integral evolución humana, que significa variar, superarse y perfeccionarse el sujeto y cuanto lo rodea, por la actividad de éste, marchar siempre en pos de lo mejor para bien de las personas y de todas las sociedades humanas.

Luchando por la Libertad, que es lo opuesto a la Autoridad, luchamos por la Verdad, que no puede prescindir de aquélla. Esta nos salvará cuando los seres humanos de todos los continentes, que defienden falsos y malos ideales de carácter autoritario, la descubran y comprendan que la Autoridad es el Mal y la Libertad el Bien y se sumen a las fuerzas físicas, éticas e intelectuales de los libertarios para hacer prevalecer y triunfar la Verdad en todo el mundo. He aquí por qué sentimos la necesidad imperiosa de oponer la voluntad libertaria a la voluntad autoritaria religiosa o política que tanto daña a la Evolución progresiva.

Con respecto a la verdad o realidad psicológica que representa el voluntarismo, positivo o negativo, rechazando, por nuestra parte, una vez más, que sea « una verdad misteriosa » independiente del cuerpo, recordamos lo dicho por un psicólogo : « La voluntad libre no debe ser considerada como una fuerza apartada de la complejidad dinámica del siquismo humano; la voluntad consiste en los móviles complejos que desencadenan una forma de comportamiento, no directamente como puros antecedentes sino después de la absorción de estas fuerzas en el yo trascendente del sujeto ».

« Un acto que emane, aunque sea parcialmente, de una tal captación de móviles por el yo trascendente, es un acto más o menos libre. El carácter libre de este acto no constituye la resultante pura y simple de un proceso regido por las influencias del medio y de los factores fisiológicos, sino que existe, como principio, en su punto de partida : la autodeterminación de la persona ».

Ahora bien, al margen de cuanto digan y escriban psicólogos y fisiólogos sobre la conducta humana y, en general, sobre los procesos psíquicos y mentales de cada sujeto, individualmente considerado, por ser sus reacciones emocionales y psicológicas distintas, en muchos aspectos, a las de

otro semejante, la persona normal puede aprender a desarrollar capacidad de investigación introspectiva y a observar el mundo circundante con ojos de descubridor.

El individuo humano si se lo propone, y pone empeño en ello, puede alcanzar a comprender en qué instante o situación que vive uno o más de sus actos o movimientos contienen elementos de libertad y cuando adopta una actitud que puede denominarse libre, voluntaria.

No importa tanto, o no es imprescindible, que procesos, funciones y manifestaciones de la estructura dinámica del individuo humano no puedan explicarse y comprobarse científicamente, con exactitud matemática. Podemos darles cierta validez científica, o de realidades que se manifiesta, aunque no podamos explicarlas cabalmente, al registrar las funciones de operabilidad en la personalidad, el sentido de las mismas en la vida global del sujeto y sus influencias en el medio donde actúa y en la sociedad en general.

Al leer lo precitado y lo que sigue no se escandalicen ciertos deterministas. Lo admitan o no las propias experiencias psicológicas y las de otros semejantes, nos enseñan que se presente una verdad y se descubre, en un parpadeo sensible, una imagen nueva o un nuevo cuadro del Universo más o menos certero y coherente. Y es preciso que digamos a los que con el fisiologismo puro pretenden explicarnos cuanto corresponde ser explicado por la Psicología científica, que lo presentado o intuido, descubierto y comprobado antes de valorarse por medio del raciocinio y del conocimiento exacto de la verdad científica es valorado emotivamente en grado superior. ¡Oh, la emoción intensa, inenarrable la del sujeto que hace un nuevo descubrimiento — o invento — al penetrar, por intuición, una verdad simple o compleja que no pueden penetrar quienes no se arriesgan a dar el salto intuitivo fuera de los límites científicos conocidos!

Los descubrimientos de Newton, de Plank, de Einstein, de Heisenberg, etc., se debieron, en particular, a sus geniales intuiciones. Y sobre la Teoría de los Cuanta formulada por Maximiliano Planck en 1900, hablaremos en el próximo artículo por haberse comprobado la misma al descubrirse, medirse y fotografiarse una de las llamadas últimas partículas de materia. Hasta hace pocos meses no se tenían indicios **quantistas**.

Si los científicos precitados — y muchos más que no nombramos — hubieran rechazado sus propias experiencias sensibles no hubiesen hecho los descubrimientos que admiramos y les agradecemos. En aquéllas intervienen la imaginación y la intuición que son las que abren, casi siempre, el camino al raciocinio, a la investigación y a la experiencia científica. Y, en general, los individuos humanos que se instruyen limitándose al conocimiento científico adquirido hasta sus días, podrán dominarlo y usarlo, en parte, como se domina y usa una máquina, más o menos complicada, y hasta podrán ser excelentes eruditos en una o varias ramas del saber, pero se estancarán y no podrán descubrir algo nuevo.

Otras ideas distintas a las que habíamos premeditado desarrollar acuden en tropel al nivel de la conciencia, y no queremos oponerles el dique de las ideas hechas. Son sentimientos afectivos humanos, muy humanos los que nos hacen darles prioridad. Por propia voluntad, espontánea y libremente, decidimos interrumpir el curso de las primeras por sentir, súbitamente, la necesidad psíquica y mental de exponer, en seguida, sin ambages, que durante muchos años — desde antes mismo que nosotros pensáramos siquiera escribir sobre este tema — deterministas e indeterministas, generalmente hablando, hemos sostenido casi todas las controversias en el terreno de la intolerancia, estéril y esterilizadora de energías psicológicas y humanas dignas de mejor causa. Y el resultado que obtuvimos está a la vista: mutuas antipatías, enconos, animosidades personales. No conversábamos: peleábamos. Más que discutir ideas en busca de posibles verdades nos dedicábamos a herirnos profundamente. ¡Como si no hubiera cosa mejor que realizar en el mundo!

¿Excepciones? Mencionar algunas estaría demás, porque lo que importa no es dar la razón a unos y poner en la picota a otros sino el problema globalmente considerado que podemos empezar a resolverlo reconociendo la necesidad de acabar con las precitadas anomalías psicológicas que ningún bien hacen a los propios protagonistas.

Es preciso que cada sujeto que se cree evolucionando se esfuerce por dar término a las actitudes irracionales que niegan su fundamental condición humana. Pensemos que cada persona tiene la posibilidad de obrar bien o mal. Y si cometemos errores podemos rectificarlos sin querer decir con esto que evadamos la repulsa que merezcamos de nuestra propia conciencia. Hacer lo contrario significa degradarse, ir doblegándose, encorvándose, perdiendo la verticalidad hasta quedar el sujeto sin conciencia moral: a más bajo nivel que ciertas especies animales, como las hormigas y las abejas, por ejemplo, que siendo insectos lo superarían — como superan muchos sujetos — en instinto de cooperación para la vida en sociedad.

Para todos los individuos de las demás especies animales moverse es vivir o más bien vegetar horizontalmente, a ras del suelo donde hallan acá, allá o acullá, la subsistencia, pero el obrar bien — o mal —, a conciencia — cualidad superior que el ser humano puede adquirir — es más, mucho más que horizontalidad y que posición erecta, que verticalidad humana: es poder elevarse hasta las más altas cimas de la Bondad.

Si todos los sujetos estuvieran convencidos de que en sus actos está implicada siempre su humanidad, totalmente, al presentárseles la opción de obrar mal o bien elegirían accionar en este último sentido. Todos los individuos humanos normales pueden hacer, por sí mismos, esta experiencia psicológica. Al hacerla se percatan de que si obraran contrariamente a las enseñanzas que ofrece la misma su vida entera se degradaría.

Conviene, pues, no ignorar ni pasar por alto que todo acto tiene sentido: bueno o malo. Por consiguiente es preciso tener plena conciencia del ries-

go que corremos, que nos acecha presto a hacernos su víctima si por vanidad, por ignorancia o por cobardía con orgullo obramos en mal sentido: puede desarticular toda nuestra existencia y deshumanizarnos hasta el grado de hacernos perder todo lo que tenemos de peculiarmente humano. Y es, sin duda, la conciencia moral, a la que poca o ninguna importancia dan los deterministas, la que puede salvarnos de la anulación total, de descender a ser in-humanos.

La pérdida de la existencia es irreparable, pero no la conducta de la persona. Esta puede modificarse, volver a adoptar la actitud erecta y moral que perdió, transitoriamente, con mayores posibilidades de mejorarla después del error y de la propia experiencia psicológica obtenida. Este loable resultado comprobamos lo obtiene, en particular, sin esforzarse, con naturalidad, el sujeto que antes de la precipitada experiencia y de la comisión del error las acciones todas de su vida son calificadas nobles y humanas. Y más todavía al advertirse que no está dispuesto a permitir un fracaso o una acción mala, esporádica, entre miles de acciones buenas, arruine la totalidad de su ser moral, sensible y mental.

Indisculpable el sujeto que habiendo cometido graves faltas abandonando, por ejemplo, a un hijo de corta edad, en el arroyo y dando a luz publicaciones que cultivan el bestialismo en nuestros semejantes, errores que perjudican a un segundo y a un tercero o a una tercera persona, persistiera defendiéndolos y reincidiendo a sabiendas que continuarían haciendo daño. Y cuanta más instrucción tenga y más consciente sea de lo que hace mayor es su responsabilidad y su culpabilidad.

Tales fueron los actos realizados, hace años, por un vecino considerado humanista por sus convecinos. Estos, por varias razones que exponemos más abajo, no lo condenemos — bastante sufrió con la condena de su propia conciencia —, inmediatamente, ni lo aislemos ni propaguemos, en privado y menos en público, sus malas acciones, por-

que conociendo, enteramente, su vida anterior, en la que predominó lo bueno, esperábamos superara, como lo hizo, las graves situaciones vitales que vivió y sufrió. De no haber modificado su conducta no hubiera sido merecedor de la confianza de cuantos lo rodeábamos, habría defraudado a los que colaboremos — el que escribe más que la mayoría de los vecinos — a su recuperación psíquica, moral y mental sin que el afectado se diera cabal cuenta.

Fuimos testigos de dos de las mas terribles acciones que puede cometer un sujeto, pero tampoco ignorábamos lo que estábamos comprobando. Si bien los celos, provocados más por amor propio que por amor, lo arrastraron a cometer el primer mal acto que comentamos la verdad es que obró en momentos que estaba sumamente irritado, de obcecación, de frustración y decepción superlativas, de grandes pesadumbres que ofuscaron su razón, de casi incontenible malestar emocional que desequilibró su sistema nervioso. En esa situación antivital ni pensar que pudiera importarle algo la opinión ajena.

Su segunda mala acción — cometida por intentar salvarse de una larga, agobiante y angustiosa situación económica — fue editar la revista **Toros** en sociedad con un impresor. Al no poder hacer atractiva y comercial una publicación con contenido que no sentía sólo apareció el número 1. La hicieron aparecer coincidiendo con la llegada de « Manolete » a México, en donde toreó, formando, desgraciadamente — y lo dice quien no ha visto ni verá en su vida, una corrida de toros — un gran ambiente taurino. Y nos alegró el fracaso de **Toros** pese a la situación psicológica colectiva, morbosa, favorable para su venta y propagación entre la multitud amante de la tauromaquia, porque se debió, en particular, a la victoria de la conciencia moral de nuestro vecino. Al menos así preferimos creerlo.

FLOREAL OCANA

(Continuará.)



La puerta de oro del mundo

(CONTINUACION Y FIN.)

9.—ESTA ES NUESTRA FORTUNA

FRIAMENNTE considerado el cálculo — y las armas de guerra que de día a día se perfeccionan parecen no tener otro fin que la exterminación— resulta absurdo que la humanidad haya tenido que atravesar por diversos ciclos luminosos de civilización para desembocar en este océano de aberraciones. Pero aunque el género humano descendiera a tal extremo en su degradación, ¿qué podrá hacerse con los 7.500.000.000 de habitantes? No existe ningún poder que detenga el crecimiento celular. Quizás las armas nucleares lo retrasen. Pero, mientras nuestro globo gire en su atmósfera la vida estará presente allí, en la vanguardia, como punto de avanzada, como guante arrojado al rostro del hombre que no ha sabido qué hacer con tanta fortuna de cosas y de libertades y por ello se ha dado el lamentable y triste espectáculo de destruirlas sin medida ni conciencia. Tendremos que hacerlo bajar de su pedestal, que arrasar los monumentos erigidos a su honor y semejanza, hacer pedazos los trozos de historia que hemos creado en su homenaje y alabanza.

Llegado ese momento, temblará la tierra. Los ojos perderán la facultad de ver, los oídos no serán nuestros y ni el tacto ni el sentimiento obedecerán. El problema de tener que alimentar tanta población será entonces más agudo porque tendremos menos perspectivas que ahora y contaremos con menos elementos para enfrentar al destino con algunas posibilidades de victoria. La destrucción masificada de tan importante núcleo humano y de cosas que hoy nos sirven de auxilio y medio para el disfrute de nuestra comodidad, habrán desaparecido. Todo se habrá perdido, hasta el recuerdo de lo que fuimos, de lo que pudimos haber sido. El cerebro se resiste a la lógica de tal derroche y dilapidación de esfuerzos que causan pánico y estremecimiento por el volumen de atrocidades, que ni siquiera ofrecen seguridad para la continuación de la vida institucional ni garantías para nuestra libertad. (8). No quedará ojo

(8) El reputado sociólogo norteamericano, Erich From, dice al respecto que « por primera vez en la historia una inmensa mayoría del mundo occidental estará principalmente preocupada por vivir en vez de estarlo por la lucha por la vida. Parecería que los sueños más preciosos de nuestros antepasados estén a punto de realizarse, y que el mundo occidental ha encontrado al fin la respuesta a la cuestión de *qué es la buena vida*. »

Por su parte, el Dr. Ventura Morera, ilustre catedrático de la Universidad de Buenos Aires, sostiene que « este hecho extraordinario hace que el siglo XX sea ya considerado como un periodo excepcional de la historia de la humanidad. »

que nos brinde una lágrima de tristeza. No seremos acreedores ni al lamento.

La tierra es muy pequeña para cubrirnos a todos con su sabia y con su manto. A corto plazo lo será aún más, porque más del 100 por 100 de sus habitantes golpea por vía pacífica a las puertas de su periferia geográfica. ¡Bienvenidos, pese a lo escasamente poco que podemos brindarles, ya que tenemos las manos vacías! Aparte del pedazo de pan, que ahí esta sobre nuestra humilde mesa, esperando ser compartido con el primer necesitado, sólo podremos ofrecerles nuestra buena intención. Sería un error —secundario o sin valor para ellos— presentarles como modelo nuestras vetustas coloniales instituciones civiles que rumbean a tientas y se rigen por adivinación o acertijo para interpretar problemas tan municipales como son los de la humanidad, que ayer consultábamos a la pitonisa en el templo de Delfos. Tan pobres estamos que ni el saber siquiera —adquirido a través de las edades, en largos tragineros de estudios y especulaciones arrancadas de pesados libros—, nos abre la inteligencia para concebir y aplicar una diplomacia defensiva por distinto expediente al que recurría nnuestros bisabuelos de la caverna.

Sólo podremos homenajearles con el futuro, depositando todas nuestras esperanzas en la nada que representa la ciencia por descubrir. La superación técnica como auxilio de productividad en todos los órdenes y con todos los materiales que podamos extraer de la naturaleza. Esa es la esperanza del siglo: la conquista del mundo que comienza trasponiendo la puerta de oro, el país de las maravillas.

Si el progreso continúa, y sabemos aprovechar, durante esta carrera de los pocos años que ya nos pisan los talones, una parte siquiera de cuanto queda por descubrir, tal vez alcancemos a poder ser felices, disfrutando en toda la tierra de alojamiento, nutrición adecuada, instrucción conducida hacia la virtud de la solidaridad. Tal vez podamos intentar esa proeza si cuantos pisamos esta corrugada y envejecida corteza terrestre estamos animados por la buena voluntad.

10.—LA HEROICA SALVACION

Para graves males, grandes recursos. La geografía terrestre, cercada por la cortina de hierro en el sector oriental —que comprende la parte euroasiática controlada por el régimen soviético y la zona electrificada con alambre de púas a todo lo largo de las fronteras de la China, Birmania, Laos, el Vietman y hasta la India— ha dejado abiertas algunas rutas como la puerta de Hong-Kong, no por olvido lógicamente, sino para el tráfico intenso del contrabando, del mensaje diplomático, de la noticia que interesa difundir, del espionaje practicado en todas las formas y por to-

dos los gobiernos. En tanto los grandes competidores de la política mundial se cambian saludos frente a frente en el salón grande de las Naciones Unidas, a pesar de que Inglaterra no haya reconocido protocolariamente a la China comunista como gobierno legítimo en aquel continente, ello no impide la realización de un comercio en grandes proporciones, procedimiento que ha seguido más tarde el Canadá de acuerdo con los hacendistas rusos.

A nadie se le oculta ya que el ingreso de la China de Mao Tse Tung como miembro de la Organización de las Naciones Unidas es un hecho resuelto de común acuerdo entre las potencias. De ese modo quedará integrado el imperio naciente, legalizando lo hecho en Laos y en todos los sectores de avance hasta alcanzar las fronteras trazadas por los mares. Los acontecimientos están demasiado avanzados como para frenarlos, y la autodeterminación de los pueblos siempre va en desmedro con cada arreglo o ajuste de fronteras con el mundo totalitario. Políticamente ya bien poco podrá hacerse en defensa de aquellas comunidades, víctimas de una ciencia sin conciencia, en procura de una libertad negativa que ni aporta nuevos fines ni nuevos caminos que nos liberen de esta revolución ensangrentada previa a la conquista del poder de las dictaduras.

El mundo oriental no puede quedarse quieto, como vemos ya los choques entre chinos e indios, porque ello no permitiría dejarlo en libertad de pensar. Y los pueblos que piensan guardan sorpresas desagradables a sus campeones, dirigentes y dignatarios. Políticamente ya permanecen en movimiento para recuperar su dignidad; económicamente van ensanchando su mundo de abastecimiento por imperio de las necesidades, y no podrá negársele ese derecho que, por lo demás, ya tiene resuelto que se lo abroga de hecho. No existirán medios de encerrar el mundo asiático, entre la gran muralla formada por el océano Indico, el Mar de la China y el Océano Pacífico, aunque Occidente piense en su poderío atómico. El capitalismo tal como lo tenemos organizado no está dispuesto a renunciar a su hegemonía, aun a riesgo de realizar el peor de los negocios. Es demasiado egoísta e individualista. Su totalitarismo le inhibe transar a tiempo conforme con la evolución de las sociedades, pero llegó un momento en que hay que devolver a la población los beneficios de su actividad. Y esa combinación de intereses que en orden de justicia atiende a todos los seres humanos sólo puede llevarse a cabo por un amplio cooperativismo. Equidistante de programas políticos, de religiones y de razas, tiene su propia teoría y sus legítimos predicados, su ética y su ideología, únicas tanto en el panorama nacional como internacional.

El cooperativismo no ofrece una socialización de los bienes creados ni una distribución igualitaria del auténtico comunismo. Es una organización voluntariamente creada para crear riquezas y, sobre la base del capital recibir la compensación proporcional. En todos los momentos de peligro o necesidad ha venido a nosotros con su mano fra-

terna, aportando soluciones igualitarias. No preconiza el reparto de la riqueza del mundo. Es una asociación libre «para una obra común». Si ya ha vinculado a «150 millones de familias en todo el mundo en la tentativa de organización más importante de nuestra era», puede extender los beneficios de su sistema a toda la población del globo, en el encomiable deseo de salir a flote de esta situación caótica en que la guerra y la revolución tienen sumergida a la sociedad contemporánea.

La organización de las Naciones Unidas deberá preconizar, por intermedio de la Alianza Cooperativa Internacional, la creación del Banco de la Cooperación Mundial, con aportes de cada nación para encarrilar los aspectos inmediatos más urgentes de la población del globo, en la subsistencia, la vivienda, vestimenta, higiene y cultura. El plan de concreción para elevar el nivel de vida de gran parte de la humanidad, no podrá realizarse con dinero solamente, sino con trabajo; pero podrá facilitarlo mediante delegaciones de técnicos, economistas, profesores, médicos, ingenieros, arquitectos, artesanos, maquinarias modernas o cualquier extremo de la tierra donde sean necesarios para impulsar y promover esa acción para lo cual se necesita dinero. Tendrá que propender a una estabilización de valores comunes, poniendo en ejecución, no la especulación empírica, sino su dinámica social en la mayor escala conocida como sistema económico para salvar los restos de una civilización que amenaza a toda la humanidad. Deberá la cooperación contener el avance belicoso que está extrangulando a la especie y exprime a las naciones, contendientes directas y por igual a las neutrales, en un drenaje de energías y fortunas en volumen tal que desconocen todas las civilizaciones anteriores juntas.

La vida funcional del Banco de la Cooperación Mundial puede mantener incólume su autonomía, ajena a todo proceso o corriente de ideas, basada en los principios que la informan en su sentido práctico de organización, producción y distribución, animada por el gran ideal de eliminar el hambre y miseria de nuestro globo. Para el logro de ese fin, extenderá la acción cooperativa a lo largo de las fronteras, echando mano a todos los recursos como haciéndose cargo de tener que enfrentar un gran cataclismo, una devastación, una asolación de guerra. Las instituciones han de proporcionar los medios persuasivos y elementos indispensables para ese desarrollo, permitiendo que el hombre, miembro asociado, reaccione voluntariamente en un esfuerzo de trabajo organizado, de método, de energías reunidas para transformar una economía de bancarrota en sistema floreciente para beneficio de todos. El trabajo en cooperativa deja la satisfacción del triunfo sobre lo vanal, lo vacío e inútil. No tiene otros secretos que los de una buena lógica administrativa y una conducción de voluntades productoras a una alegre actividad de poder ser útiles y servir a los demás.

El Banco de la Cooperación Mundial estará integrado como institución económica lega de la economía de las Naciones Unidas, con un capital inicial de 400.000.000.000 de dólares, o sea el aporte

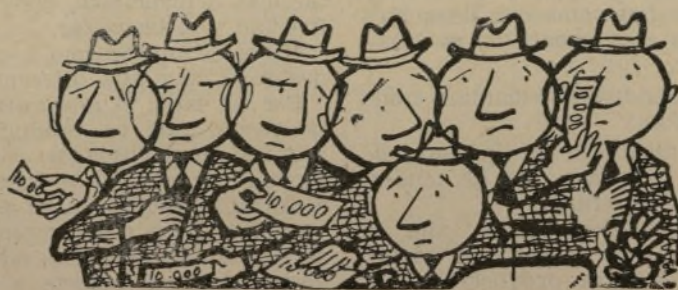
de un dólar por cada habitante de las naciones del mundo. Su acción inmediata comprenderá el desarrollo y aprovechamiento de las riquezas de la cuenca amazónica y de las zonas confluentes: de las reservas africanas para la producción y distribución de alimentos en la gran escala que el mundo necesita, en el aprovechamiento de la producción que pueda obtenerse del suelo cultivable de las naciones y de las industrias alimenticias subsidiarias, en el aprovechamiento de los excendentes alimenticios transformándolos y acondicionándolos industrialmente para su mejor conservación y desplazamiento a los lugares de consumo. Cada lugar del globo que permita un incremento de la producción en cualquiera de los múltiples aspectos será estudiada en sus detalles para sacar las mejores ventajas posibles con el menor esfuerzo. Siendo los cooperadores núcleos de voluntades en las que se constituyen como parte unitaria y colectiva a la vez, y dentro de cuyo organismo pueden desarrollar las más amplias funciones como elementos activos y satisfacciones personales, el compromiso que asumen es el más serio que jamás se haya enfrentado para una labor común y el de mayor responsabilidad por cuanto de su éxito depende la vida más hartera o estrecha de toda la comunidad. La organización permanecerá cautelosa ante cualquier amago totalitario que la incline a arbitrariedades o abusos de poder o avasallamiento subalterno por parte de enemigos encubiertos, desnaturalizando su función de conciencia solidaria. El ciudadano o simple adherente cooperador que no se sienta autónomo dentro de la acción cooperativa y consciente de su libertad de iniciativa e independencia, nunca logrará por sí mismo su emancipación de la esclavitud. El individuo como tal en una institución o fuera de ella que no se esfuerce por «avanzar hacia sus objetivos, creando y recreando, de acuerdo con las necesidades y la propia evolución», satisfecho de sus propios méritos personales y, por el contrario, tiene el oído despierto para el halago, la adulación y el chantaje que hace héroes de cartón, será un desplazado, un expatriado, un claudicante bajo todos los regímenes.

Un siglo de ensayos realizados bajo aspiraciones de «economistas profesionales, socialistas o no, tales como Charles Gide y Franz Staudinger», dice Watkins que «la revolución no seguía el curso ade-

lantado o previsto» haciéndose necesario redimir el trabajo de sus prestatarios, resumida en su concisa fórmula, «mejor explotación, mejores negocios, mejor vida» que podría servir de incentivo a cuantos no se avenían a una actividad cooperativa. El fenómeno cobra todo su valor porque en el mundo social y político de hoy se enfrentan las dos posiciones con el capitalismo individualista, hedónico y soberbio que aspira a derribar cualquier obstáculo al primer round y la contraparte del sector colectivista, cooperativista y socialista que se anuncia en otro orden económico. Ningún paso transitivo podría complementar el proceso sin quebrantar principios irrenunciables si no fuera a través del cooperativismo que permite a unos y a otros la realización de una convivencia a la que es preciso llegar o perecer. Se trata del primer paso en este débil puente sobre el abismo abierto, para cuyo logro las partes han de hacer concesiones fundamentales. «Los movimientos cooperativos de hoy día vienen a ocupar la zona intermedia entre la empresa privada o capitalista por un lado y la empresa pública por el otro. Si los movimientos cooperativos pueden extender aquí y allá su campo de acción a expensas de la empresa privada», se logrará mantener el equilibrio entre los dos sectores contendientes. Caso contrario, preferible sería no intentar siquiera acometer tanto esfuerzo, comprometer tantas voluntades y solicitar el concurso de tantas energías. Porque el hombre de nuestro siglo no puede intentar algo que le conduzca al fracaso. No puede comprometerse tan grande fortuna en simples ensayos. Tendremos que ir directamente a lo seguro.

Es la humanidad, el instinto personal, la expresión individual que se ha propuesto resistir los embates de la tormenta en su afán de vencer. Cuando de un lado la indiferencia mueve a las colectividades que se ven arrastradas por los sacudones violentos y por el otro el autoritarismo y los ruidos de guerra ensordecen e insensibilizan a grandes sectores humanos que van a remolque de los acontecimientos en tanto alguien clama, lucha y se esfuerza por salvar los restos del naufragio, la elección es sencilla cuando por delante hay ideales tan caros al corazón que nos privan ver el camino recorrido, sino el que tenemos por delante.

CAMPIO CARPIO



Sindicalismo revolucionario

LAMENTÁNDOSE de su condición social, o confiando en la acción de unos hombres, cada generación piensa empezar una era nueva. Sin embargo, desaparece la generación y las condiciones de vida quedan poco más o menos las mismas. Esto ocurre por la deformación de la lucha obrera, porque el movimiento obrero carece de la fuerza revolucionaria organizada sin la cual el escepticismo seguirá predominando.

La originalidad de la época es el esfuerzo que se hace para formular una doctrina colectiva de la producción. Esta se intenta basarla en el sindicalismo, cuya suficiencia pretenden infinidad de teóricos de esta doctrina. El llamado sindicalismo puro, independiente, es una deformación del sindicalismo revolucionario, que es expresión de unidad, de fuerzas mancomunadas para instaurar el Comunismo Libertario.

El sindicalismo puro conduce los trabajadores a afirmar el poder colectivo sobre el poder individual. Una simple forma distinta que no cambia la sociedad más que de nombre. El sindicalismo materialista conduce a la nacionalización; el sindicalismo revolucionario (anarcosindicalismo) a la socialización. Dos concepciones diametralmente opuestas: la primera lleva en sí la fórmula estatista; la segunda suprime el Estado, siendo, pues, de esencia anarquista.

¿Cómo concebimos el sindicalismo revolucionario?

Como movimiento social inspirado por los trabajadores agremiados para la defensa de sus intereses morales y económicos y para el mejoramiento inmediato de los sistemas de relación y producción; para una finalidad libertaria, profundamente humana.

Al desviarse el sindicalismo revolucionario de sus concepciones finalistas, pasa a ser un apéndice del Estado. Es el fenómeno observado hoy en todos los países, donde las organizaciones sindicales están mediatizadas por los socialistas o los comunistas. Al encadenar el sindicalismo a la legalidad absoluta, al sujetarlo al reconocimiento de los organismos del Estado, se le priva de su carácter revolucionario por mucho que entienden demostrar lo contrario unos sedicentes revolucionarios. Son éstos los que, haciéndose sus defensores, lo revisten de una majestuosa «autosuficiencia» que llega hasta la afirmación de «que el sindicalismo se basta a sí mismo».

Estos teóricos o propagandistas reclaman «todo el poder para los sindicatos».

La tiranía de ese sindicalismo ni se diferencia de la democracia, ni de la marxista, de los cuales puede heredar el poder y la tiranía.

El anarquismo, todo y reconociendo el valor de los sindicatos como factores de preparación social, de trabazón económica entre la producción y el

por

BERNARDO

POU



consumo en período de transición revolucionaria, rechaza la validez del sindicalismo desidealizado.

Si se aceptara la fórmula de «el sindicalismo se basta a sí mismo», sería reconocer el principio de «que los espíritus demasiados lógicos son autoritarios». De este poder sindical a la crueldad autoritaria sólo habría un paso.

El sindicalismo revolucionario es la fe en la revolución social, porque se funda en el hecho de que el hombre jamás será emancipado si no profesa una idea de libertad, un método de investigación libre que proporcionándole nuevos conocimientos lo convertirá en hombre libre, en conductor de sí mismo.

El sindicalismo revolucionario niega el gobierno de los hombres, la fuerza del Estado, la servidumbre. Y reconoce que sólo existe un objetivo que permita realizar las aspiraciones obreras: la supresión del Estado y del régimen capitalista en todas sus manifestaciones.

Para esta transformación precisa una sociedad organizada humanamente que respete la personalidad individual que la sociedad capitalista se ha esforzado en anular.

Recobrado este valor humano por el esfuerzo de los trabajadores emancipados, se constituirá el orden nuevo, basado en el libre acuerdo y en la reciprocidad.

En este orden de ideas nos hallamos ante dos tácticas o principios, como medio de lucha por la libertad y el bienestar.

Entre el anarquismo y el anarcosindicalismo, no obstante, hay una diferencia esencial.

Por un lado, el anarquismo realiza la unidad en la acción que se produce espontáneamente por reunión de afinidades. Una vez establecido este vínculo, es normal la cohesión de esfuerzos para alcanzar la supresión de este mundo de tiranías.

Por su parte, el anarcosindicalismo toma su fuerza en la organización multitudinaria basada, no obstante, en el respeto a la soberanía individual.

Discurso del hombre libre

I

Y O, Pablo, nacido en Taso, de Cilicia, criado y educado en la ciudad de Jerusalén, buscador de la verdad que soy, predico con la palabra y con el ejemplo las doctrinas liberadoras que abren paso limpio entre la maldad. Soy llamado por algunos el apóstata porque vine de otras esferas sociales y tuve otro credo.

Mal intencionados son o ciegos de toda ceguera si no, los que tal dicen de mí. Porque venir de la tiniebla a la luz, de la tiranía a la libertad, del libertinaje a la vida austera, no es abjuración abominable y afrentosa, y si demostración de sentimientos sanos, honrados de la conciencia y justicieros.

Soy hebreo hijo de hebreos. Del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín. Circundado al octavo día.

Y no soy apóstata porque aquellos que tienen evolución en su pensamiento para mirar más alto y dejan atrás las mentiras que un tiempo como verdades fueron tenidas, no pueden serlo.

Si, los que hablaron palabras de fuego y arrebataron la voluntad de las multitudes que creyeron en ellos, hacen negación volviendo atrás sus pasos para perseguir y esclavizar a los que antes adularon, cuando por los tales consiguieron prebendas cuantiosas y posición de brillo falso en la dirección de la vida pública.

Si, los que explotaron el dolor humano y condujeron a los pueblos como si fuesen rebaño persiguiendo más tarde, a la hora de su triunfo ficticio, aquellas rebeldías creadas por sus dichos, resultando esa propaganda que debiera ser noble y no lo es por guiarla intención mentida, palanca que alzaron sus ambiciones concupiscentes.

No, ciertamente, los que como yo, persiguiendo antes las corrientes innovadoras del pensamiento humano, viendo más tarde la luminosa grandeza de ellas, dejan el puesto de esbirro y van a contri-

buir de los esfuerzos por seguir adelante, dejan la vida de privilegios y cogen trabajo, privación y persecución a ellos.

Los que vuelven sobre sus pasos, desandan el camino andado y miran hacia atrás, éstos, éstos son apóstatas. Los que miran hacia adelante cara levantada y conducta recta, no. Yo soy de éstos.

No me importan las persecuciones que tuve ni las que tendré. No las vicisitudes ni el dolor físico. Todo lo dí, nada poseo. Aprendí a contentarme con lo que tengo cada día, y no miro hacer sino cuanto bien puedo.

Hay una luz que brilla en mí y un entusiasmo por la causa del Bien que no decrece. Sé que para caminos de lucha es preciso alma bien templada dispuesta a grandes sacrificios. Y soy el primero en éstos. Y exijo de los demás esas cualidades morales que veo tengo yo, porque soy en lo cierto a pesar que es sembrar en baldío, con grano deficiente dejar obrar a quienes tienen débil temperamento o intención torcida en el fondo.

Es a todas luces preferible privar o suprimir una ayuda que viene, que a la larga no resulta tal y si obstáculo a nuestros propósitos, cuando no avisa de discordia.

Mas, con sano pensamiento, que cada uno en su fuerza y en su capacidad haga cuanto pueda, como yo.

Empero, tengo sobre mí un remordimiento grande, que no por ser causa la de mi incorporación al credo nuevo, deja de tener mi ánimo dolorido.

Yo, como sabéis, era antes perseguidor vuestro; mandaba meter en la cárcel y metía yo mismo a propagandistas que enseñaban este mismo camino que yo enseño. Y secundaba el celo inicuo de los sacerdotes por vuestro exterminio.

Y es así que, este remordimiento mío viene de aquel día en que preso Esteban, primer dirigente formal de vuestras comunidades porque fuisteis vosotros quienes lo eligisteis, llevado fué ante el Concilio general de los sacerdotes, ancianos y escribas para responder de acusaciones que eran falsas, nacidas de soborno, sobre blasfemias contra Moisés, ante la valentía de sus palabras, despechados por las verdades que decía en acusación rotunda de traición al pueblo, fue echado fuera de la ciudad y lapidado. Muerto a golpes de piedra, yo, presente allí, consentí en su muerte.

Desnudo fué y sus vestidos echados a mis pies. Cuando esto ocurrió sentí algo mágico que me subyugaba, que encogía mi ánimo, que me llenaba de temor. Lancé lejos de mí los trapos aquellos que habían cubierto el cuerpo del noble anciano. Pareció que me quemaban las manos. Y confuso por algo que hurgaba en mis entrañas, volví a la ciudad. Entonces quise ciegamente dominar este malestar que picaba en mi conciencia y dí con torpeza de bestia en perseguir con saña a vosotros, violando

El hecho de someterse a la ley de mayorías no implica dejación del principio individualista, sino comprensión del atraso del hombre y empuje de éste hacia el porvenir.

Así, el anarquismo y el sindicalismo revolucionario tienen en el terreno de la lucha serios puntos de coincidencia, siendo deber de los anarquistas empujar la acción sindicalista para la supresión del Capitalismo y del Estado, sin necesidad de llegar a la confusión de ambas teorías.

En interés de los pueblos, el anarquista debe precipitar la evolución del sindicalismo hacia la acción directa, de sustraerlo a las influencias políticas para convertirle en una arma revolucionaria, decisiva para las realizaciones del esperado porvenir.

moradas y encarcelando familias enteras de discípulos de la nueva doctrina.

Recibiendo delación que se escondían en Damasco gentes revolucionarias que trabajaban mucho por la causa, allí quise ir y ganar galardón inicuo, miserable, indigno, a costa de sangre y de desgracia.

Y fué que, yendo por el camino que va de Jerusalén a Damasco, ví en la orilla unos trapos abandonados. Tuve, de pronto, como un presentimiento. El corazón me dió una vuelta y me llené de angustia. Conocí los trapos aquellos. Eran los vestidos de Esteban el lapidado. Quise seguir adelante y no pude. Y parando mi caballo, como empujado por una voluntad superior, descendí al suelo y alcé en mis manos los vestidos aquellos. Temblaba. El hombre búco que tengo en mis entrañas surgía, como una planta que sale de la tierra rompiendo el cortezón. Y así, como ella sale y respira en la atmósfera por primera vez, y recibe el primer beso del sol, así respiré yo aromas espirituales hasta entonces ignorados y recibí el beso de un sol invisible pero percibido. Sol maravilloso hecho de piedad y de nobles rebeldías. Ciertamente. Sentí como si en mi cerebro se abriesen las puertas de un más claro entendimiento, y como si recibiera dentro de mí un baño de luz.

Y se desperezó bajo la negra sombra de la ignorancia vesánica el pensamiento mío. Libre, puro, potente, sufriendo transfiguración radical mis opiniones. El sentimiento sano del humano vencía a la bestia.

De esta manera, pues, una metamorfosis se manifestaba rauda. Yo era otro ya. Pablo, el Pablo indigno y cruel, sembrador del dolor, dogmático del crimen, moría allí. Y nacía en su puesto otro Pablo digno y austero, sumiso con los buenos, rebelde con los malos.

La revolución de conciencia estaba hecha.

Y mi alma, afeándome la conducta sanguinaria que había llevado, me hacía culpable. Ví de otra forma distinta en mi recuerdo, la conducta y los sentimientos de aquéllos que habían sido mis víctimas. Comprendí la grandeza de sus luchas, de sus propagandas, de sus rebeldías.

Rememoré las palabras de Esteban. Su discurso valiente en el Concilio, cuando el príncipe de los sacerdotes le preguntó : « ¿Es cierto ? »

Dijo : « Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos. Resistís de dar al pueblo el bienestar y la libertad que espera de vosotros. Como vuestros padres, así sois. ¿A quiénes de los que se alzaron para decir la verdad al pueblo e incitarle a que rompiera su yugo, impuesto por propios y extraños no persiguieron vuestros padres? Dieron muerte a los que se atrevieron a señalar el por qué de su esclavitud, a los que anunciaron la forma de su liberación. Y dieron muerte también a los que osaron alzarse contra la injusticia como ahora perseguís y matáis vosotros a los que osan alzarse contra vuestra potestad arbitraria, concupiscente, dañina. Porque así, recibiendo el prestigio y la autoridad de ese pueblo con arte de engaño y alegatos ampulosos de casta superior, hacéis tabla rasa de todo derecho que no sea el vuestro, omnipotente, y a ese pueblo engañáis, esclavizáis y maltratáis. »

Y oyendo esto, crugían los dientes contra él, y nacía el deseo de matarlo. Y así fué que soliviantaron a la multitud por medio de gente mezclada de intento, y arremetió ella dando gritos en su contra. Y fué muerto a golpes de piedra.

Aquello recordando remordía en mi conciencia. Y hacia de mí, este recuerdo, otro hombre.

Y allí mismo, teniendo en mis manos las ropas que habían cubierto el cuerpo de aquel mártir, yo renegaba de mi pasado miserable y me prometí defender lo que antes perseguí.

II

Hablo yo a todos los hombres y a todos los siglos. A los que son y a los que han de ser. Digo sin reserva lo que la luz de mi entendimiento descubre y lo que en consecuencia pienso.

Vosotros sois un pueblo miserable de todas las miserias, hambriento de todas las hambres, pobre de todas las pobreza.

Lloráis en vuestra esclavitud, incapaces de moveros para remediar la triste suerte que marca los linderos de vuestro destino en la senda de vuestra vida.

Vuestras costumbres son de humillación y de doblez; de sumisión y de obediencia a pretores y a príncipes; a sacerdotes farsantes y a escribas ladinos y sin escrúpulos.

He aquí que os traigo en las las de mi palabra la verdad de vuestro presente miserable, pero también la anunciación de una vida que no conocéis, donde nada de eso haya. Vida sin servilismos inicuos que degradan la persona humana, vida sin miserias humanas ya sean éstas materiales, morales o espirituales.

Y me duele por vosotros, que teniendo conocimiento de mi doctrina, que es bondad completa, justicia cierta, libertad auténtica y superación sin límites, no os decidáis en venir a ella. Yo sé que hay otros que os mueven a mirarla con recelo y que os ponen en mi contra, aunque a veces fingen ser mis amigos y apreciar esta misma doctrina. Es el arañazo de la intriga, que no morirá jamás. Y son esos ambiciosos de ruin ambición que quieren vivir a vuestra costa por vuestra ignorancia, que quieren ser sacerdotes si bien con otro nombre, que buscan hacerse amos de vuestra conciencia para serlo de vosotros.

Creedme : Si alguno con sus actos no justifica sus dichos, si alguno os invita a enemistad contra lo que a todas luces es bueno, es noble, es digno, sea anatematizado.

Yo no adulo; no sé adular. Yo os señalo el buen camino, el camino de la libertad. Habréis de creerme porque os hablo palabras de verdad y os abro los sentidos. Porque os doy luz del cerebro y os señalo el camino de la nueva vida.

De cierto, tengo en más estima anunciar la verdad a despecho de herir vuestros sentimientos torcidos. Por eso os digo sin falsedad lo que tenéis de malo en vosotros a pesar de no agradaros. Para que comprendáis de qué manera es la otra vida y vayáis vosotros a su conquista. No sería yo si no propagador de la verdad.

Mas os hago saber amigos, que las ideas morales y el sistema de vida que yo propago no es copia de otras ideas, variando las palabras ni según copia de otros sistemas: sino que es cosa nueva que otros y yo pensamos y propagamos. Para remediar o suprimir la miseria humana, para suprimir vuestra impersonalidad y vuestra ignorancia, para que no haya sobre la tierra más conductas dañinas.

Y os digo : no continuéis la tradición, que es perpetuar la esclavitud, como individuos y como pueblo.

La renovación incesante del pensamiento, la modificación continua en grados ascendentes de vuestra manera de vivir, trae siempre más claros y amplios horizontes, evita decadencias e imposibilita la maldad fomentada al calor del abandono.

Porque escrito está : « La rutina aniquila la inteligencia ». Y sin inteligencia la personalidad humana muere.

Y sólo por la impersonalidad del hombre es posible su esclavitud.

La quietud es siempre nociva. Las aguas quietas traen la peste.

Renovaros como las estaciones del año, pero sin traer invierno como él. Al contrario, para salir de este invierno en que la humanidad vive.

Temo que mi pensamiento no sea comprendido, o que si lo es, no se aplique como de cierto debiera.

Por ello, presiento que el pájaro negro de la desilusión volará sobre los pueblos engañados. Que vendrán otras doctrinas y otros credos hablando de libertad y esclavizarán, de fraternidad que servirá a unos hombres, pocos, para manejar a otros hombres y hacerlos lanzarse sobre los demás en provecho de los primeros.



Y el látigo cambiará de amos y vosotros de tiranos.

Como temo esto, os digo para evitarlo que sigáis a hombres austeros, mas no a los amigos de vagancia, de trato despótico y de lujo.

Os he hablado de la personalidad; quien la tiene no precisa seguir a hombres, porque él mismo es su propio guía. Os digo después, que sigáis a hombres, porque vosotros en la casi totalidad carecéis de ella. Y pienso que los siglos pasarán y no nacerán más que en escaso número. Porque vosotros como comunidad humana no adquiristeis el discernimiento para libraros de vuestra desgracia y para poneros a salvo de lo que es malo, yo os aconsejo que sigáis a hombres.

Porque escrito está : « El pueblo es como un huracán o como una tempestad en la mar; destroza y hunde sin saber si hace bien o hace mal ».

Es así que no conseguiréis sin guías dirigir vuestra fuerza y triunfar de cierto.

Digo triunfar al cambiar de hecho las cosas, no de palabras sólo.

Porque se dirá triunfar, al cambio de nombre de las cosas y de hombres con otro lenguaje, siendo una conducta igual : opresión y dominación.

Así, pues, los conductores vuestros, los guías y educadores, dirigentes y maestros, habréis de tomar entre aquellos hombres que sobre todas las cosas aprecien su dignidad personal, su entereza de carácter, su autoridad rígida, su pensamiento insoportable, su moral sin declives. Hombres honrados de toda honradez. Que no sean llevados por los espejuelos de la vida regalada. Si fieles cumplidores de la palabra dada.

Porque escrito está : « Así como sean los hombres, así son sus hechos, así serán sus obras ».

Al hombre lo veréis no en su figura humana, no en su palabra. Al hombre lo veréis en sus actos.

Y los resultados de las cosas públicas y de todas las cosas, serán como los hombres que las dirigen son.

Los hombres hacen buenas las doctrinas o las hacen malas porque son ellos al fin los vehículos que las llevan.

Os hablo de estas cosas, porque soy sincero y porque siento una como necesidad de ello.

Te abro, pueblo, el horizonte de una nueva vida que se te ofrece y te espera. Hoy estás abandonado o engañado; miserable y abúlico... Ve hacia ella.

Pero ¡ay! que me duele esto que pienso. Muchos vendrán a ofrecerle la felicidad, siendo ello bandera de sus bajas ambiciones que no confiesan, palabras mentirosas con las que piensan alzarse contra ti en tu daño. Y tú los seguirás.

Y aquellos de cerebro sano, de moral auténtica, de condolencia proba, de carácter fuerte, de pensamiento incorruptible, de cualidades enteras en suma, aquellos sufrirán tus burlas, verán tu indiferencia, morirán de tu mano, como Esteban.

FABIAN MORO

(Continuará.)



El universo de Alaiz

(CONTINUACION)

EL concepto PUEBLO tenía para nuestro maestro la virtud de ser fuente de inspiración general, principio de todas las ideas y de todos los ingenios, y también era objetivo, receptor y preocupación social por excelencia.

Falla era un genio, ¿quién lo va a dudar?, pero, dice, «Si un músico español de enorme inteligencia ha emprendido el camino verdadero, ha tenido que buscarlo oyendo tonadillas del pueblo, estudiando las danzas del pueblo y no los jeribeques del heredero». Y así Goya y así Cajal, etc.

De ello se deduce que cuando vapulea algunas cosas populares, las trata de esa forma por lo triviales que son, por la sandez que encierran, no por su origen popular. Alcanza de esta manera dos objetivos, el de revalorizar lo bueno del pueblo, que es mucho, y el de destruir, puliendo, lo nefasto del mismo: el atavismo, la puerilidad, el conformismo, etc., con sus derivados: la mansuetud, la insidia, el arrivismo.

Lo mismo dice cuando estudia a Esopo, «recopilador de la crítica popular», y sus fábulas. Y a Fedro, macedonio, «imitador de aquél». «Esopo y Fedro fueron manumisores, más que por su ingenio por su valor».

Del silogismo que sobre la felicidad compusiera Bartrina —si al ser feliz creo serlo, etc.—, admite que es «idea genial» alcanzada sobre todo por «ejercicio», «intimidad hogareña». Aparece su silogismo en el periodo más esplendoroso del comercio regional. Todos en Reus y su comarca buscaban la felicidad en el mercado, en la compra, en la venta y en la compra-venta. Y Bartrina les demostró que buscar la felicidad «contabilizada» era una quimera, un imposible. Tampoco puede ser producto de la sabiduría. Nos los dice después: «Nunca puede el ignorante ser feliz, siempre me dices: ¡Cuántos hombres hay felices que no saben quién fue el Dante!

Era, Alaiz, tan entusiasmado del pueblo que maldecía a los que se arrimaban a éste con aires de aprovechadores mirliflores. Todos sabemos lo tiránico que fue Fernando VII. Alaiz mismo dice que era un monstruo. ¿Admite con ello que sus adversarios fueran parte del pueblo? No.

Más bien eran gentes mercantilistas que abrazaban la causa popular, que era la de la libertad, cual si fuera una mercancía cotizable. A veces una abstracción. «Los enemigos de Fernando VII no sabían imponer la libertad auténtica, pero sabían cantarla en todos los tonos, inscribirla en papeles y banderas, hacer de ella un culto en vez de una

práctica, una diosa inexistente en vez de una eficacia, una teoría en vez de un hecho, un secreto en vez de una realidad.» «Fernando VII era un monstruo, los diputados de Cádiz unas codornices.» Llamémosle Francisco a aquel Fernando, y consideremos diputados a todos los refugiados, y ya sabemos con qué nombre de ave nos bautizaría Felipe Alaiz. Los cupletistas que por doquier, apartándose del pueblo, se manifiestan con tanto modernismo como hoy se nota, no harían mal con leer a Alaiz. Verían a través de sus líneas su propio rostro. Sin duda alguna, como aún existe buena fe, pronto se abandonaría esa especie de «léxico del barullo» que hoy pulula hasta en los papeles y en las tertulias de mayor seriedad obrera. De «contexto» en «soberanía nacional», de «impacto» en «evolución», y de «habilidad» en acción diplomática» te sale cada albañil, zapatero o carpintero, que, si no fuese porque sabemos quiénes somos, diríamos que nos encontramos entre la burguesía más cursí que ha conocido España como es la valenciana. Pero... volvamos a lo popular observado por Alaiz. El duque de Rivas quiso acercarse al pueblo, votó contra Fernando VII y... el duque huyó al extranjero cuando vióse por aquel «delito» condenado a muerte. Esa filosofía de la huida es lo que ha perdido al pueblo español. Huyendo, huyendo se da uno cuenta cómo del «realismo» se hace una teoría. «Realismo» en el terruño con el exclusivo objeto de poder ser loros bulliciosos en el extranjero. ¡Vanidad de vanidades!

Es cierto que sin dinero y sin fama, no salgas de casa. Es cierto, irrefutable y patético. A medida que pasan los días vamos observando cómo las muchedumbres buscan el dinero o la fama o ambos a la vez, más que fundamentos de dignidad y de hombría. Escollos de la guerra, deformación de los tiempos. Nos lo explica Alaiz en otra ocasión cuando explica las respuestas que daban los españoles al entrar en los campos de concentración de Francia. En 1936, España dejó de ser pueblo para convertirse en «individuos combatientes», en soldados. De momento era algo forzado y, de mono azul y todo, el labrador era labrador, y el barbero, barbero. Pero la guerra, devoradora de virtudes, pronto hizo mella en la mente y así se vio en los «campos», el año 1939, que al responder sobre el «métier», muchos peones, cerrajeros, sastres, etc., respondían: teniente, capitán o comandante, mientras que el militar de profesión con el grado de coronel, avergonzado de tales atributos, respondía: alparcatero.

Aspecto de degeneración que todo y siendo del pueblo, por ser ponzoña, Alaiz lo señala con su índice acusador.

Y en su plática, Quinet pide más luz: «Aclare el orador eso de la rebelión, porque hay muchos rebeldes que no son rebeldes ni nada.» Sobre esto, Machado ya quiso distinguir entre revolución y rebelión y entre rebelión y revuelta. No lo analizamos nosotros. Preferimos ser escuetos y dar las tres ideas desnudas y virgenes al lector.

Peores que los políticos profesionales son los obreros metidos en la política. A fuer de practicismo —véase sino su «Nueva maldición», la primera fue de Mella—, los hay que les cae como anillo al dedo eso de que «somos progresistas sin poderlo remediar». Las excepciones confirman la regla. Como excepción tenemos al que se ha acomodado y conagrado con la nueva situación, falangista en España, hotelera en Francia, bancaria en tierras de América. Sin embargo, ayer también eran pueblo. Eran progresistas... que han encontrado remedio para no serlo. En su alma cándida ha muerto la idea de que son progresistas, pero sobrevive la de que han progresado. La diferencia es grande. Tanta diferencia como entre el forastero que es mordido por el perro y el perro forastero que muere. No se muere teniendo en cuenta la ciudadanía. Los colmillos no conocen nacionalidad. La idea de explotación tampoco. De un perro no surgirá jamás un hombre aunque le entregues un carnet de trabajador. Y que me perdonen los perros de raza.

El drama del pueblo reside en que «el palacio domina a los hombres como la fragua al hierro...», en que hay que «dominarse más que dominar», en que la idea de medrar prima sobre la de igualdad. «El dolor español no ha querido ver ninguna profundidad.»

Parecería que Alaiz sólo analiza lo popular, comprendiendo en esta definición lo «pueblerino», mas no es así. Un día nos ocuparemos en pergüñar las notas biográficas, costumbristas, humanas, suprahumanas o infrahumanas, según los casos sobre decenas y centenares de personalidades, en las ciencias, en el arte, en las letras y hasta en la

política y las guerras. Estas dos sin relación alguna con esas tres.

Gran empeño tuvo para que el pueblo español progresara en cuanto a la expresión del pensamiento. Gustaba mucho de la dicción breve, tan escasa en la literatura obrera, y arremetía, siempre con mucho acierto, contra todo lo que ésta tenía —y ¡oh tristeza! aún tiene— de «rutinaria, de abstracta, de enfadosos sofismos, en fin, de palabrería», que dista mucho de ser: «palabra breve y fina lanzada contra la pedantería», contra la envidia, contra lo ruín del hombre.

En muchas ocasiones se deduce que si explícitamente decía que, por ejemplo, Galdós «había revolucionado», implícitamente repetía: «y nosotros tenemos que revolucionar a los revolucionarios». Para Alaiz «nosotros» comprendía, desde el estudioso autodidacta labrador hasta la condesa Pardo Bazán. El título nobiliario, la profesión, cuentan poco. Sólo tres cosas son necesarias: tener seso, guardar ponderación y disfrutar de un gran poder de discernimiento.

Alaiz leyó mucho, devoraba los libros. Muy metódico en su lectura, para estudiar al siglo XIX se entretuvo bastante con las aventuras de Napoleón, el corso. He aquí como lo define:

«Se cuenta de Napoleón que envió al conde de Narbona a cumplir un encargo a Rusia. Era en tiempos de las vacas gordas.

—¿Qué se dice de mí por el mundo?— preguntó el emperador, con malicia de escamado.

—Que sois un dios.

—¿Hay acuerdo en esa opinión? ¿Es unánime?

—¡De ninguna manera!

—¿Pues, qué creen otros?

—Que sois un diablo... ¡Nadie cree que sois un hombre!»

M. C.

(Continuará.)

(1) Ved CENIT núm. 151 y anteriores.



NUEVOS ESTILOS

Obrerismo católico de origen protestante

LA religión en España siguió distintos métodos y caminos. Parecía y parece cosa de tozudos maniqueos y tercios teatinos, de clérigos de misa y olla.

Siguió distintos caminos a pesar del canonigo Cardó y del cardenal Vidal Barraquer, que intentaron, sobre todo el primero, avivar un pretendido nacionalismo « de las Españas » ajeno a los bonetes trabucaires; a pesar de los Zabaleta, los Ossorio y otros, como algunos cuaresmeros capuchinos y el nacionalismo vasco, no desligado del Loyola españolista, que querían introducir en parte del catolicismo peninsular modalidades de origen holandés o más bien belga de Lovaina, mercenario, reformista en desbordar al socialismo de la primera trasguerra mundial, totalmente despistado, hasta el punto de pactar y gobernar después con los nacionalistas eruptivos que indujeron al agresor de Jaurès.

En Balmes hay un suave anticipo de fricción contra el catolicismo volcánico, aunque todo lo de Balmes, excepto los temas laicos de su « Criterio », tiene un aire de cansancio. Atacó al protestantismo; y ahora, los balmesianos apelan a la mentalidad de tipo protestante, no copiada tal vez, pero coincidente, pretendidamente obrerista de antiguo. Los elogios que Cardó, exilado en Suiza, dedica a Balmes, considerándole un precursor, son muy significativos y coinciden con la tendencia actual de unificación de las iglesias tituladas cristianas.

Los jesuitas tenían en Madrid un cierto Padre Pulgar. Regentaba éste, si no recuerdo mal, en la cuesta de Areneros, una escuela equipada para el aprendizaje de obreros electricistas, incluyendo la técnica calificada y las especialidades.

Era un vivero de candidatos para entrar a trabajar en empresas de dominio católico controladas por la mujer del patrón y por su penitenciario, en pugna con los Sindicatos no confesionales.

Lo mismo ocurría con los salesianos, que habían acaparado la enseñanza de distintos oficios, sobre todo de los sedentarios. Introducían personal adicto en los obradores católicos, explotaban el destajo y multiplicaban el número de pequeños patronos y artesanos. Al esquivar éstos el salario y establecerse por su cuenta, trataban de especular pagando jornales o destajos de hambre. En los conventos de monjas se hacía trabajar con mano de obra incondicional a precios tirados y régimen de esquirolaje.

Algunos católicos franceses de la revista « Témoignage Chrétien », llegaron a preconizar con humorística y cinica vehemencia el socialismo federalista de Proudhon, olvidando las encíclicas del Vaticano, que habían pasado (y no pasan ya) por textos indiscutibles. Un tonsurado volteriano no tuvo inconveniente en decir que, aunque existía el infierno, estaba completamente despoblado. No añadió que el limbo es el paraje más concurrido.

¿Es posible hallar en España novedades parecidas? Dificilmente, fuera del Arcipreste de Hita y otros clásicos. El Arcipreste se anticipó al refrán italiano que dice: « Roma veduta, fede perduta ». El místico fue en España la contrafigura del clérigo oficioso y servil.

Deusto, con su universidad ignaciana, como los agustinos de El Escorial, no produjeron más que señoritos de horca y cuchillo y gobernantes disparados sin previo aviso. Jesuitas y agustinos riñen constantemente desde « Razón y Fe » y « La Ciudad de Dios » respectivamente. Se disputan la clientela. Los jesuitas llevan ventaja. Cuentan con censo mayoritario de penitentes con faldas. Buena parte de la política republicana con respecto a Loyola, se debía a la educación agustiniana de Azaña.

El ignaciano español Laburu, hablaba en tiempo de la República a los « obreritos » como decía él. Les daba consejos patriarcales por radio. Explicaba en otro discurso, la forma, nada idílica, en que se reproducen los toros de lidia. Llamar « obrerito » a un robusto fundidor o a un cargador de muelle, era el regocijo del radioyente. Como explicar las embestidas de los toros ardientes en lenguaje lacio de novena.

El diminutivo reproducía una costumbre arraigada en la pedagogía colegial de Loyola, que ya había fracasado y dedicada a los más torpes retoños de la aristocracia y de la alta burguesía, sin exceptuar a los ricos nuevos.

Lo fuerte de Loyola no es la enseñanza ni el taller, sino la conversión de las iglesias en cabarets vistosos y vocingleros; sobre todo, la confesión de las mujeres para manipular a los hombres y el secreto con los mandones y sus consortes. En todo lo demás, tropiezan o patinan. Su voz se pierde en la radio entre jipios de cante jondo y anuncios de aspirina. En la función rectora del clero rural, que se atribuyen con su revista « Sal Terro », no consiguen más que producir tempestades en los pueblos después de sembrar vientos. Cuando las cosas les salen mal, cargan la culpa al diablo, que tiene anchas espaldas y nunca protesta. La difusión de « Sal Terro » en España, coincidió con la organización de sindicatos amarillos en los pueblos y con la preparación del ambiente fascista.

Los ejercicios para obreros en la ciudad, estaban nutridos por lacayos y palafreneros de gente rica. En las misiones para « mujeres solas », lo más saliente y obligado era la confesión, con objeto de husmear en la vida privada de las penitentes reacias al espionaje sacramental.

Todo esto, hasta julio del 36. Disuelta antes en teoría la Compañía de Loyola por Azaña, los jesuitas se disimularon como seglares y siguieron su obra con más terquedad. Lo que hizo Azaña fue desarrollar por oposición el jesuitismo. Toda la tarea masónica se reduce a eso. **FELIPE ALAIZ**

LA LIBERTAD



¿QUE es la libertad?

Dejando de lado los actos irreflexivos y tomando solamente los actos reflexivos (que sólo la ley, las religiones y los sistemas penales tratan de presionar), cada acto de este género es precedido de cierta discusión en el cerebro humano: « Voy a salir a pasear », piensa tal hombre. « Pero no, he dado cita a mi amigo, o he prometido terminar tal trabajo; o mi mujer y mis hijos estarán tristes de quedar solos, o, en fin, perdería mi empleo si no voy a mi trabajo. » Esta última reflexión implica, como se ve, el temor de un castigo, mientras que, en las tres primeras, el hombre no tiene que habérselas sino consigo mismo, con sus hábitos de lealtad, con sus simpatías. Y ahí está toda la diferencia. Decimos que el hombre que es obligado a hacer esta última reflexión: « Renuncio a tal placer en vista de tal castigo », no es un hombre libre. Y afirmamos que la humanidad **puede y debe** emanciparse del miedo a los castigos; que **puede** constituir una sociedad anarquista, en la cual el miedo a un castigo y aun el desagrado de una censura desaparecerán. Hacia ese ideal es hacia el que marchamos.

Pero sabemos también que no podemos emanciparnos ni de nuestros hábitos de lealtad (cumplir lo prometido), ni de nuestras simpatías (la pena de causar una pena a los que amamos o a los que no queremos entristecer o aun contrariar). Bajo este último aspecto, el hombre **no es jamás libre**. Robinsón en su isla no lo era. Una vez que hubo comenzado su barca, y cultivado su jardín, o que hubo comenzado a hacer sus provisiones para el invierno, estaba ya cogido, engranado por su trabajo. Si se sentía perezoso y prefería permonecer acostado en su caverna, vacilaba un momento, pero se dirigía sin embargo al trabajo comenzado. Desde que tuvo por compañero un perro, desde que tuvo dos o tres cabras, y sobre todo desde que encontró a Viernes, no era ya **absolutamente libre**, en el sentido que se atribuye a menudo a esa palabra en las discusiones. Tenía **obligaciones**, debía pensar en el **interés ajeno**, no era ya ese **individualista perfecto** de que se gusta hablarnos. Desde el día que ama a una mujer, o que tiene hijos, sea educados por él mismo, sea confiados a otros (la sociedad), desde el día que tiene solamente un animal doméstico — incluso un huerto que exige ser regado a ciertas horas —, el hombre no es ya « el nada me importa », « el egoísta », « el individualista » imaginarios que se nos ofrece a veces como tipo del hombre libre. Ni en la isla de Robinsón, ni todavía menos en la sociedad **cualquiera que sea**, ese tipo existe. El hombre toma y tomará en consideración los intereses de los otros hombres, cada vez más a medida que se establezcan entre ellos relaciones de interés mutuo más estrechas, y que esos otros afirmen más netamente ellos mismos sus sentimientos y deseos.

Así, pues, no encontramos otra determinación para la libertad que ésta: la posibilidad de obrar, sin hacer intervenir en las decisiones por tomar el temor a un castigo societario (violencia del cuerpo, amenaza de hambre, o aun censura, a menos que no venga de un amigo).

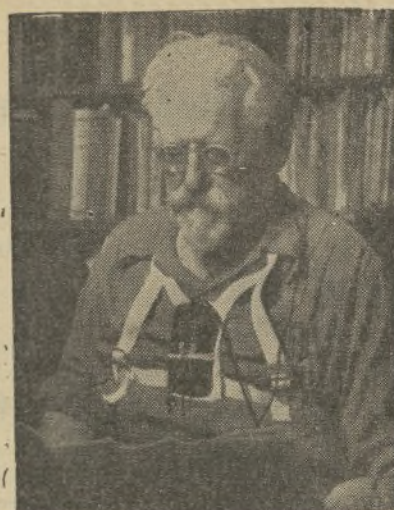
PEDRO KROPOTKIN

LA NACION

LOS conceptos nación y nacionalidad han experimentado ciertas mutaciones a través del tiempo y poseen incluso hoy mismo el doble sentido que tiene el concepto raza: en la edad media se designaba como naciones a las ligas estudiantiles de las universidades. Así, la famosa universidad de Praga estaba integrada por cuatro naciones: de los bávaros, bohemios, polacos y sajones. Se hablaba también con frecuencia de una nación de los médicos, de los herreros, de los jurisconsultos, etc. También Lutero hizo una clara diferencia entre pueblo y nación y se refería, en su escrito a la nobleza cristiana de la nación alemana, exclusivamente a los representantes del poder político —príncipes, caballeros y obispos— como nación en oposición al pueblo común. Esa diferencia se mantuvo bastante tiempo, hasta que el lenguaje comenzó poco a poco a desaparecer y con él la frontera entre nación y pueblo. Muchas veces el concepto de nación adquirió un mal sabor.

Hubo un tiempo en que se contentaban con aplicar el concepto nación a una comunidad humana, cuyos miembros habían nacido en el mismo lugar, y a causa de ello estaban asociados por ciertas relaciones solidarias. Esta interpretación corresponde también al sentido de la palabra latina *natio*, de donde ha surgido la palabra nación. Es tanto más comprensible cuanto que tiene por base la noción del estrecho lugar natal. Pero ese concepto no corresponde a nuestra ideal actual de la nación ni está en armonía con las aspiraciones nacionales de la época, que señalan a la nación las más amplias fronteras. Si la nación se aplicase en verdad solo al ambiente reducido de la localidad donde un hombre ha visto por primera vez la luz del mundo, y la conciencia nacional fuese considerada como el sentimiento natural de la solidaridad de hombres unidos en comunidad por el lugar de su nacimiento, según esa interpretación no podría hablar de alemanes, franceses, turcos o japoneses; a lo sumo se podría de hamburgueses, parisienses, amsterdamienses o venecianos, una condición que ha existido realmente en las ciudades repúblicas de la vieja Grecia y en las comunidades federalistas de la edad media. Se hizo después más abarcativo el concepto de nación y se quiso reconocer en él una agrupación humana surgida de la comunidad de las exigencias espirituales y materiales, de las costumbres, usos y tradiciones, lo que representa una especie de comunidad de destino que lleva en sí las leyes de su vida particular. Esa concepción no es ni con mucho tan clara como la primera y además está en oposición con las experiencias cotidianas de la vida. Toda nación comprende hoy las castas, los estamentos, las clases y los partidos más diversos, que no sólo defienden intereses particulares, sino que a menudo se encuentran frente a frente con

por
Rodolfo
ROCKER



declarada hostilidad. Las consecuencias de ellos son incontables conflictos que no terminan nunca y divergencias internas que se superan tan dificultosamente como las disidencias temporales entre los diversos estados y naciones.

Las mismas naciones que estaban ayer aún en el campo del honor armadas hasta los dientes, en lucha mortal para liquidar por medio de guerras sangrientas sus divergencias reales o supuestas, conciertan mañana o pasado mañana con sus enemigos de la víspera pactos defensivos y ofensivos contra otras naciones con quienes estaban antes ligadas por medio de tratados comerciales o por convenios de naturaleza política o militar. Pero la lucha entre las diversas clases dentro de la misma nación no se dejará suprimir mientras existan las clases, y la nación esté escindida en su interior por contradicciones económicas y políticas. Incluso cuando, gracias a situaciones extraordinarias o acontecimientos catastróficos, las contradicciones de clase aparecen aparentemente superadas o temporalmente excluidas, como ocurrió con la proclamación de la paz civil en la pasada guerra mundial; se trata siempre de un fenómeno pasajero que brota de la coacción de las circunstancias y cuya verdadera significación no se puso todavía en claro para las grandes masas del pueblo. Pero esas alianzas no tienen consistencia y en la primera ocasión se quebrantan, pues les falta el lazo interno de una verdadera comunidad: Un sistema tiránico de gobierno, en determinadas circunstancias, puede estar en condiciones de impedir temporalmente el estallido de conflictos interiores, como ocurrió en Italia y en Alemania; pero las contradicciones naturales no se suprimen porque se prohíba al pueblo hablar de ellas. El amor a la propia nación no ha impedido todavía a ningún empresario tomar obreros extranjeros cuando fueron más baratos y de esa manera su cálculo le resultaba mejor. Para ello tenían la menor importancia el que originasen así perjuicios a los propios conciudadanos. La ganancia personal es, en este caso lo decisivo, y las llamadas exigencias nacionales sólo importan cuan-

do no están en contradicción con los propios intereses. Si se produce esa contradicción, se apaga todo entusiasmo patriótico.

LOS INTERESES NACIONALES

Sobre el valor de los llamados intereses nacionales, nos ha dado Alemania, en los años terribles de la postguerra, una lección que puede ser fácilmente comprendida. Alemania se encontraba, después de la guerra de 1914-18, en una situación desesperada.

Había tenido que abandonar territorios económicos de gran importancia; además, había perdido los mercados extranjeros casi por completo. Y para colmo vinieron las imposiciones económicas excesivas de los vencedores y el derrumbamiento del viejo régimen. Si la consigna de la comunidad nacional hubiese tenido en general un sentido, y si la nación quería en realidad afrontar de manera unida las nuevas condiciones y repartir equitativamente la carga de la desgracia sobre todos los estratos de la población, habría debido mostrarse en este caso. Pero las clases poseedoras ni siquiera pensaron en ello, más bien procuraron salir gananciosas de la situación, aunque las grandes masas del propio pueblo sucumbieran de hambre; su comportamiento patriótico estaba simplemente en relación con la ganancia. Fueron los representantes del junkerismo prusiano y de la industria pesada alemana los que propiciaron siempre, en los años terribles de la guerra, la política anexionista más despiadada y los que, a causa de su codicia insaciable, promovieron la catástrofe del derrumbamiento. No contentos con las fabulosas ganancias que habían obtenido durante la guerra, después de la gran matanza no pensaron un segundo en sacrificar en beneficio de la nación un solo penique de los que habían amontonado. Fueron los representantes de la industria pesada alemana los que se hicieron eximir de impuestos por el Estado, impuestos que eran deducidos hasta los trabajadores más pobres de sus miserables salarios; fueron ellos los que elevaron de un modo inaudito los precios del carbón, mientras la nación se helaba junto a las estufas frías, y los que supieron agenciarse, con los créditos en papel Reichsbank, ganancias gigantescas. Esta especulación directa con la baja de la moneda, debida precisamente a esos sectores, dio entonces a la industria pesada el poder para cimentar firmemente su dominio sobre la nación hambrienta. Fueron sus representantes los que, bajo la dirección de Hugo Stinnes, provocaron la ocupación del Ruhr, a la que hubo de sacrificar la nación alemana, quince mil millones de marcos oro sin que ellos contribuyesen con un solo céntimo. El conflicto del Ruhr, en sus diversas fases de desarrollo, es la más brillante ilustración de la política capitalista de intereses como fondo de la ideología nacional. La ocupación del distrito del Ruhr fue sólo una continuación de la misma política criminal del poder que había llevado al desencadenamiento de la guerra mundial y mantuvo a los pueblos durante cuatro años en un infierno de sangre.

En esta lucha se trataba de intereses antagónicos entre la industria pesada alemana y la francesa. Así como los representantes de la gran industria alemana han sido durante la guerra, defensores indomables del pensamiento de la anexión e integración de la cuenca minera de Briey-Longwey, Alemania, uno de los objetivos principales de la política pangermánica, así también la política nacional de Poincaré siguió después las mismas huellas y sostuvo los anhelos anexionistas declarados de la gran industria francesa y de su órgano poderoso, el **Comité des Forges**. Los mismos propósitos que perseguían antes los grandes industriales alemanes, fueron hechos suyos ahora por los representantes de la industria pesada francesa, es decir, la instauración de ciertos monopolios en el continente bajo la dirección de determinados grupos capitalistas, para quienes el llamado interés nacional ha sido siempre el escudo de sus intereses comerciales. Lo que proyectaba la industria pesada francesa era la unificación de las minas de hierro de Lorena con los yacimientos carboníferos de la cuenca del Rhur en la figura de un poderoso trust minero, que le asegurara el monopolio ilimitado en el continente. Y como los intereses de las grandes industrias se confundían con los intereses de los especuladores de las reparaciones y fueron abiertamente favorecidos por las castas militares, se trabajó por tanto en este sector con todos los medios por una ocupación del distrito del Rhur. Pero antes de llegar a ese punto, tuvieron lugar negociaciones de la gran industria francesa y alemana para hacer posible una solución pacífica, puramente comercial del problema, lo cual ambas partes habían de obtener su ventaja en conformidad con la situación de sus fuerzas. Ese acuerdo se habría producido, los grandes industriales alemanes habrían enviado al diablo las exigencias nacionales del Reich si hubiesen podido salir a flote con sus intereses. Pero como se les ofrecieron en perspectiva ventajas indudablemente superiores por la industria carbonífera inglesa, para quien un trust minero en el continente habría sido un rudo golpe, descubrieron de repente su corazón nacionalista y prefirieron la ocupación militar. Junto con los obreros y empleados, que se dejaron engañar en favor de los intereses de sus amos, pues les eran desconocidas las tramas internas, organizaron la resistencia pasiva, y la prensa de Stinnes sopló impetuosamente en las trompetas a fin de inflamar hasta el máximo grado el odio contra el enemigo hereditario. Pero cuando la resistencia fue frustrada, Stinnes y los demás representantes de la gran industria alemana no esperaron al gobierno Stressemann, sino que negociaron con los franceses por propia cuenta.

El 5 de octubre de 1923 se reunieron los señores Stinnes, Klockner, Volsen y Vögler con el general francés Degoutte, a quien trataron de incitar para que impusiera a los obreros alemanes del territorio ocupado la jornada de diez horas, a los mismos obreros que en la víspera habían sido sus aliados en la resistencia pasiva contra el gabinete

francés. ¿Hay mejor testimonio sobre el valor de la nación como comunidad de intereses?

Poincaré tomó como pretexto los supuestos déficits de Alemania en las entregas de carbón para hacer entrar las tropas francesas en el distrito del Ruhr. Naturalmente ésa era una simulación para dar el barniz de la legalidad a un robo descarado. Se puede comprobar mejor lo dicho, por el hecho de que Francia estaba entonces, con excepción de sus intereses particulares, para aliviar el juego al gobierno francés que se vió forzado incluso a decretar un impuesto extraordinario de 10 por 100 a la introducción de carbón del Sarre, para proteger el carbón francés en el mercado nacional. Lo cierto es que transportó de nuevo a Alemania el 20 por 100 de ese carbón y sólo un 35 por 100 fue a parar a la industria francesa; por otra parte, los grandes industriales alemanes y sus aliados hicieron todo lo que estuvo a su alcance, en la defensa implacable de sus intereses particulares, para aliviar el juego al gobierno francés. Fueron ellos los que se resistieron más encarnizadamente a todos los ensayos para producir una estabilización del marco, porque gracias a la inflación, podían sabotear más cómodamente el pago de tributos de la industria y de la gran propiedad agraria y hacer gravitar los impuestos sobre las espaldas de los trabajadores de la ciudad y del campo. Gracias a esas oscuras maquinaciones no sólo se desarrolló un ejército de especuladores de divisas y otros acaparadores, que pudo extraer ganancias gigantescas del espantoso empobrecimiento de las grandes masas, sino que se dio también a Francia la ocasión para obtener beneficios extras del desastre de la moneda alemana. Según el testimonio del ministro de Finanzas francés, Laseyrie, hasta fines de septiembre de 1921, Alemania entregó a Francia, combustibles por valor de 2.571 millones de francos, por los que, a causa de la desvalorización del marco, sólo se le acreditaron en cuenta 980 millones. El egoísmo comercial de los buenos patriotas alemanes proporcionó, pues, al enemigo hereditario una fuente especial de ingresos a costa de la explotación monstruosa del proletariado alemán y de las clases medias en decadencia. Pero cuando la lucha del Ruhr tocó a su fin y los industriales del territorio ocupado concertaron los llamados convenios Micun, ningu-

no de ellos pensó por un solo instante en los millones que habían obtenido durante el periodo de la inflación; exigieron por el contrario, del Reich, una indemnización proporcionada a sus pérdidas; y el gobierno Luther-Stresemann se apresuró sin tener en cuenta el derecho de tasación del parlamento a entregarles la pequeñez de 706 millones de marcos oro, por los daños del Micun, de los cuales sólo se reconocieron en la cuenta de las reparaciones 446 millones de marcos oro, una transacción que no habrá ocurrido muy a menudo en la historia de los Estados parlamentarios.

En una palabra, los representantes de la gran industria, de los latifundios y de la bolsa no se han inquietado por la supuesta comunidad de los intereses nacionales. No se les ocurrió en manera alguna contentarse con menores ganancias a causa de la guerra perdida, a fin de hundir inevitablemente en la miseria a la gran mayoría de la nación. Se apropiaron de lo que cayó al alcance de sus manos, mientras la nación apenas podía sostenerse con pan seco y patatas, y centenares de millares de niños alemanes sucumbían por desnutrición. Ninguno de esos parásitos pensó que su voracidad desenfrenada empujaba la nación entera a la ruina. Y mientras que los obreros y la clase media sucumbían en las grandes ciudades, Stinnes se convirtió en propietario de riquezas fabulosas. Thyssen, que antes de la guerra poseía aproximadamente 200 millones, llegó a ser propietario de un caudal de mil millones de marcos oro; los demás representantes de la gran industria se enriquecieron con el mismo ritmo. ¿Y qué diremos de los mal llamados nobles de la nación? El pueblo alemán, que vegeta desde hace años en un páramo de miseria desconsoladora, paga a sus antiguos príncipes sumas fabulosas como indemnización, y tribunales serviciales se ocupan de que no les extravien un solo penique. Y no se trata sólo de indemnizaciones a los padres de la patria derribados por la revolución de noviembre de 1918, sino también de los que pagan desde hace mucho tiempo a los descendientes de pequeños potentados cuyos territorios han desaparecido del mapa hace más de 130 años.

R. ROCKER

« Nacionalismo y Cultura »



RECLUSIANA DEL AGUA

El «glu glu» de las acequias

HABLAR del agua es hablar de la vida misma; de la vida física y de la vida espiritual. He aquí la grandeza y la poesía de la expresión de Reclus viendo trabajar a los indígenas de Egipto en los fértiles cenagales del inmenso estuario del Nilo, cuando dice: « Del barro nacen las espigas y de las espigas nacen los hombres ». Véase en qué forma tan concisa y tan bella vincula este gran autor, el agua, a la complicada maravilla de la generación.

Los antiguos atribuían una Divinidad a cada fuente, y el autor de estas líneas decía una vez hablando del agua, que era ésta la única Divinidad que realmente había visto descender del cielo.

De todas las civilizaciones, las que más importancia y honores han concedido al agua, son la romana y la árabe; la primera construyendo atrevidos y suntuosos puentes, especie de Arcos de Triunfo para cada paso de agua, y la segunda distribuyéndola sabiamente para aprovecharla en la agricultura y la jardinería y dándole aplicaciones sanitarias y hasta musicales en sus viviendas y palacios. Del primer caso se guarda valioso recuerdo en España toda, y del segundo son ejemplos magníficos la vega de Valencia y la Alhambra de Granada.

Se habla de las virtudes y propiedades del agua; no vamos a enumerarlas, porque las tiene todas, incluso la propiedad de la vida ya que si falta el agua, sobre todo lo demás por innecesario, pues los reinos vegetal y animal y el dinamismo de los mundos dejan de existir en su defecto.

Nuestro planeta al agua debe su vitalidad exclusivamente, y el mecanismo de este maravilloso elemento es maravilloso también. Veamos si no, su cuna; es el mar, elemento dotado de todos los atributos, hasta el de la respiración; solemne, atractivo, cambiante. En cuyo seno tuvo origen la vida, y es guardador eterno de todos los tesoros y todos los misterios. De su superficie, móvil y graciosa, se evapora el agua continuamente, y se eleva por las escaleras del aire hasta regiones donde en estado vesicular se acumula en lo que llamamos nubes, que son mares flotantes y viajeros, que se trasladan a merced de los vientos hasta chocar con las montañas de los continentes, las que les obligan a elevarse a regiones más frías y convertirse en núcleos acuosos, a los que llamamos gotas y éstas, más densas que el aire, caen sobre la tierra en lluvia benéfica.

El hombre conoce, admira y hasta adora, desde siempre, la circulación del agua terrestre, superficial y subterránea; porque es su propia vida, la de

las demás especies, la de las plantas, la de todo lo vivo, como y ahemos dicho.

El agua hemos visto que es mar proceloso y amenazador, pero bello y fecundo. De belleza única por su cala solemne, con los reflejos del Sol y de la Luna, vivos y luminosos como trozos de espejos flotantes. Aspecto que no se puede pintar ni reproducir, porque la paleta del arte tiene colores, pero no tiene luz. Por su bravura en la tempestad; con sus tonos cambiantes siempre: rojizo, azul celeste, azul denso, negro de tinta... Con la maravilla de su fosforescencia... Con el secreto de la vida, que nació en su seno.

Hemos visto que el agua es vesícula y es nube. Que es gota de lluvia. Que es copo de nieve que pinta de blanco inmaculado las altas cumbres. Y ahora, en la tierra, vemos que es culebra viva en el torrente, mugido en la catarata, espejo ondulante en el río, rumor en la cascada y en el desfiladero, placidez en el llano y donación espléndida y desinteresada de su importante valor y de su poesía en la desembocadura, en su estuario, en su delta, donde vuelve a sus lares, a su punto de partida, a su cuna imaginaria, al mar, para repetir su circuito una y mil veces, eternamente, siempre, como ejemplo a los espíritus mezquinos, como norma de los perezosos, como dominación del orgullo, como doctrina de la indecisión, como remedio de todos los males de la duda y del ocio.

El agua, además de ejemplo, norma, dominación, doctrina, remedio, como acabamos de decir, y belleza, utilidad, divinidad, vida, como habíamos dicho antes, y quizá por ser todo esto reunido, es **maestra** que nos enseña en el noble quehacer de ser útiles a los demás... Y pensando en todo esto iba quien estas líneas escribe por una senda de la fecunda vega valenciana, distraído, absorto por la energía intensa de esta acumulación de conceptos, cuando oyó cerca de sí, casi a sus pies, una voz grave y dulce, un murmullo suave como una súplica, pero que en realidad era advertencia de un peligro; era el « glu-glu » de una acequia que le decía que ella estaba allí, que atravesaba la senda bajo un estrecho puentecillo para ir presurosa a cumplir su misión de fecundidad, y quería evitar al caminante un paso en falso. Además, pues de la decena de calificativos enumerados, el agua es nuestra mejor amiga, la más solícita, la más cariñosa, la más amable, la más tierna.

El « glu-glu » de las acequias es la música de la vega valenciana; podemos ahorrar dos letras y decir que el « glu-glu » de las acequias es la Musa valenciana. He aquí **Musa**, un nuevo título para nuestra hermana el Agua.

El agua es la más constante trabajadora; ella ha modelado nuestro planeta; ella arranca de las rocas los materiales para formar la tierra vegetal que da el pan al hombre; ella es la que rellena los valles, la que proporciona las arenas a las playas y la que regulariza las superficies luchando y venciendo a los elementos internos de la Tierra que la desafían con sus bríos. Ella es la barredora incansable de todos los males y la aportadora fiel de todos los bienes. Y, no obstante, ella es discreta, recatada, modesta, pues penetra en la tierra y salva distancias enormes por los caminos oscuros del subsuelo, para salir, de vez en cuando, en forma de surtidor para dar vida, frescura y poesía a los lugares más bellos, que son las fuentes, donde canta o murmura dulcemente, conquistando en buena lid el calificativo de Linfa, palabra que utilizan los poetas para nombrarla.

Además en esos viajes subterráneos, en esas soledades de la obscuridad, se ha purificado con el trabajo de construir templos arquitectónicos, convirtiendo las vulgares cavernas en Museos de arte sublime con la paciencia de sus gotas mineralizadas, formando, con las estalactitas que penden del

techo y las estalagmitas que surgen del suelo, obras de arte natural que los más eminentes artífices admiran.

No son necesarias, sin embargo, esa constancia, esa modestia, ese arte, esa abundancia y esa fuerza para ser admirable el agua; basta un gota para dar encanto a nuestra vida, satisfacción a nuestras inquietudes y consuelo a nuestros pesares. Esas gotas redondas, esferillas perfectas de cristal vivo que contienen por las madrugadas las hojas de las flores, diamantes de pureza absoluta que imitan las lágrimas del Hada nocturna que vela y que llora por todos los que sufren. Ese rocío que tiembla sobre los pétalos de las rosas, como niño inquieto, mientras las acequias le arrullan con su « glu-glu » sentimental y austero, es el más enérgico contraste con la realidad cruel del alma de esta Humanidad endurecida y materializada.

Mi objeto es que os miréis y os veáis en el espejo de la gota de rocío y prestéis atención al cantar de las aguas, el « glu-glu » de las acequias, para ser cada vez mejores, riendo y llorando con la Naturaleza, y así ser más y más humanos todavía.

ALBERTO CARSI

LA FUENTE

TENIA sed y busqué la fuente. Y allá en el robledo, recatada entre juncos y mimbres la fuente esperaba al sediento que supiese buscarla. Me asomé a la taza de su frescura y en el claro cristal reflejóse la fiesta de mi cara. Tenía sed y en mis ojos retozaba el gozo por el hallazgo.

Súbito hube de hacerme atrás : un áspid de piel verdosa, gracioso como una joya de esmeralda, enderezaba la cabecita triangular. En la boca abierta vibraba eréctil la lengüecilla, dispuesta a dispararse como un dardo. ¿Defendería de los intrusos aquel tesoro de frescura? Pero no; el áspid se plegó a ras de la yerba y bebió. Y la fuente, sin alterarse al contacto de la ponzoña, siguió manando, como una copa rebosante. Después, desenrollóse y, a un ademán mío, huyó asustado deslizándose por el césped.

Una avecilla, luego, vino a posarse, ingravida como un copo de nieve, sobre un junco. Inclino la cabecilla donde brillaban dos zafiros pequesísimos como dos gotitas de lo azul y bajó, con un temblor de alas, hasta una piedrecilla a ras del agua. Y bebió : metía el pico en la linfa, tomaba una gota y levantaba la cabecita, cerrando el telo de los ojos como para mejor saborear la delicia de aquella frescura. Y así varias veces. Hasta que apagó la sed y voló hacia el horizonte. Y la fuente siguió manando sin que alterase las transparencias de sus aguas la gracia elemental, pura, de la avecilla.

Al fin me tocó a mí y bebí yo. Y mis labios sedientos no encontraron la ponzoña del reptil ni la pureza del ave, sino la frescura, siempre igual e inalterable siempre, de la fuente. Venenos y purezas flotaron en las aguas desbordantes sin penetrar en la transparencia, siempre ascensional, de la hondura.

¡Ay, tal ha de ser nuestro corazón, la oculta fuente de nuestros propios gozos! ¡Y ay de aquéllos cuyas aguas no resisten al contacto de todas las ponzoñas y necesitan de purezas extrañas para acendrase!

Mariano Viñuales



VERSIONES

LOS DOS LADRONES

por DENIS

ERANSE dos fabricantes que se habían enriquecido indecentemente.

Nada excepcional. Todo enriquecimiento tiene un origen indecente. A veces no se ve. En el caso de los dos fabricantes, se vio.

Eran empleados de un Banco, casados con dos hermanas. Guapas, guapas. Al banquero le gustaron. Las dos. Y las dos se abrieron de piernas al banquero, que adquirió y regaló, generosamente, una fábrica a sus dos empleados.

Vino en esto, como caída del cielo, una guerra lejana, una guerra colonial. El banquero procuró que ciertos suministros para el ejército fuesen encargados a la fábrica de sus protegidos. Y el dinero comenzó a entrar en su caja a raudales. Era un gozo ver cómo entraba. En cuanto a los suministros, como eran para soldados, se fabricaban con cualquier cosa. ¿Para qué, destinados a gente que iba a morir, preocuparse de su calidad?

Pero de todo eso hacía mucho tiempo. Terminada la guerra colonial, que gracias a Dios duró varios años, los dos fabricantes se habían retirado de los negocios. Su fortuna, inmensa, les permitía vivir sin ocuparse de nada. No tenían hijos. Sus esposas, como si toda su misión en la vida hubiera sido enriquecerles, murieron poco después, en el mismo año.

Habían comprado, para los cuatro, poco antes de este contratiempo —se dice así entre gentes como los dos fabricantes—, un castillo en las afueras de la ciudad. No quisieron venderlo, al morir sus esposas, y siguieron habitando en él, solos, sin recibir otra visita que la del banquero, para el que seguían teniendo el mismo respeto que cuando eran sus empleados.

Este les consolaba de su tristeza —estaban, en efecto, muy tristes—, y les animaba a casarse de nuevo. Les propuso, más de una vez, mujeres que le gustaban, casi tanto como las difuntas. No seamos maldicientes. Acaso su consejo era desinteresado. Poco importa que su mujer, siempre malhumorada, agotados ya todos los placeres que se pueden comprar con dinero, fuese una receta contra la lujuria.

—Sois ricos, no sois viejos, y cómo os puede ser indiferente la falta de fortuna en la mujer que elijáis, podéis hacer un buen matrimonio —les decía el banquero.

—No, no —respondían los dos viudos al mismo tiempo—. Jamás remplazaremos a nuestras esposas. Usted no sabe, ni se imagina, cuán felices nos han hecho. Eran únicas. No había cosa que olvidaran tratándose de nosotros. ¡Qué atenciones, qué delicadezas! No, no, imposible. Casándonos de nuevo nos parecería cometer una infelidad imperdonable.

Hubo una ocasión, sin embargo, en que vacilaron. El banquero les propuso dos condesas, hermanas también, que un hermano había arruinado.

—Vuestro dinero las colocará de nuevo en su rango —les dijo—, y vosotros entraréis así en el gran mundo, que no vacilará en abriros sus puertas.

Dejaron al banquero hacer, pero sus gestiones fracasaron.

Esto hirió la vanidad de los dos fabricantes. Hasta entonces habían vivido apartados, solitarios, sin saber qué hacer de su soledad. Comenzaron, desde aquel momento, a ir frecuentemente a la ciudad, a hacerse ver en los teatros, en las exposiciones, y a asistir a todos los banquetes, fuese quien fuese el festejado. El caso era ver gente, hablar con gente, no importa de qué. Protegían a las actrices, compraban cuadros en todas las exposiciones, adquirían todos los libros que se publicaban. Esto les llevó a comprar también algún que otro cuadro antiguo, y adquirir viejas ediciones que les recomendaban. Llegaron a montar así en el castillo un museo y una biblioteca, mucho más valiosa ésta que aquél.

Inútil decir que ni abrían los libros siquiera. Pero el objeto con que los adquirían fue logrado. Se habló de ellos en los periódicos. Se dijo que si todas las fortunas se emplearan así, el mundo estaría salvado, y otras tonterías por el estilo.

Un librero les habló de un poeta pobre, pero genial, y lo albergaron en el castillo, para que pudiera parir a sus anchas los frutos de su genio. El poeta, autorizado por ellos, no hay que decirlo —los poetas son como se debe ser—, invitó a algunos amigos, poetas, como él, escritores y músicos. Estos se hicieron lenguas de la biblioteca del castillo, y más de un erudito quiso visitarla, con gran alegría de los propietarios, a los que se llamó días después, en una revista muy seria, los Mecenas de las letras y las artes.

Los dos fabricantes estaban en la gloria. Las condesas que los habían rechazado podían ser todo lo que quisieran, pero nadie se ocupaba de ellas. En cambio, todo el mundo hablaba de su museo, de su biblioteca, de su comportamiento con artistas y escritores, de la amistad que éstos les profesaban.

No halló más ocasión el banquero, desde entonces, de hablarles de sus proyectos. Jamás los encontraba solos. Aparte del poeta pobre, pero genial, que se había instalado en el castillo como si hubiera de vivir en él siempre, nunca faltaban otros invitados: escultores o pintores que trasladaban al mármol o al lienzo, para la posteridad, la efigie de los dos fabricantes.

Acertó a pasar por la ciudad, en un viaje de recreo, el pintor de la Corte, célebre por ello. Sus retratos del emperador —el país era un imperio— gozaban fama en el mundo entero. Lo había pinta-

do de frente, de perfil, de pie, sentado en su trono, a caballo, presenciando el desfile de sus tropas. Siempre mirando a las gentes como desde una torre. Cuando se tiene que ostentar así el orgullo, es que no existe. Los retratos eran, pues, ridículos. Pero famosos, famosos en el mundo entero. Hasta en los países enemigos. Hay cosas que ni en los países enemigos juzga nadie.

El pintor de la Corte, que era pariente lejano del poeta pobre, pero genial, fue invitado por éste a visitar el museo del castillo. Gran día, para los propietarios, el de la visita. No faltaba ninguna celebridad de la ciudad. Se bebió champaña, y se brindó por el emperador y por las glorias del imperio.

El pintor de la Corte no había pintado jamás sino retratos del emperador y de la familia del emperador. Se le habían ofrecido sumas cuatiosas por otros retratos: los había rechazado. Era el pintor de la Corte.

Los dos fabricantes no se atrevieron a pedirle que hiciera sus retratos. El poeta pobre, pero genial, lo hizo por ellos. Se había instalado en el castillo como si hubiera de vivir en él siempre. Vio, en el deseo de sus protectores, si se realizaba, que el castillo sería en lo sucesivo como suyo.

Su pariente aceptó el ruego. Haría, por una vez, lo que no había hecho nunca.

Semanas más tarde, los retratos estaban terminados. Se instalaron en el museo, en lugar preferente, y fueron cubiertos por una cortina.

Se preparó una fiesta para mostrarlos al mundo de las letras y de las artes de la ciudad. Entonces se descorrería la cortina. Sería una inauguración.

La víspera de la proyectada fiesta llegó a la ciudad un poeta famoso —grande a pesar de ser

famoso—, que nadie, en el mundo de las letras y de las artes, quería dejar de ver. Los dos fabricantes temieron que su fiesta fuera menos fiesta de lo que esperaban. Hicieron que el gran poeta fuera invitado. Y cuando, al día siguiente, llegó al castillo, se dieron cuenta de que jamás había entrado por sus puertas un hombre como él. Olvidaron, pues, a los demás invitados, y todo se volvió en ellos amabilidad para el que todos rodeaban, esperando ser distinguidos por él.

El gran poeta se había informado ya de quiénes eran los dueños del castillo, de su fortuna y de los orígenes de su fortuna. Los observaba, sin mirarlos apenas, así como a la multitud de parásitos que había caído sobre ellos, y más de una vez estuvo tentado de significar a éstos su menosprecio, y de gritar a aquéllos que eran unos ladrones.

Se contuvo, haciendo un gran esfuerzo. Pero su indignación crecía, crecía, a medida que aumentaban las amabilidades de los dos fabricantes. Momentos después, éstos lograron arrastrarle, separándole de los demás, al museo. Y allí, sin ningún circunloquio, le dijeron:

—Nos hemos percatado de que es usted la persona más importante de la reunión. Queremos, por tanto, mostrarle a usted solo, y antes que a nadie, los retratos.

Y uno de ellos, apresurándose, descorrió la cortina que los cubría.

—¿Qué le parecen, qué le parecen? —preguntaron los dos a la vez.

El poeta pudo, sonriendo, decirles lo que quería decirles:

—Muy bien, muy bien. Pero falta el Cristo.

Incidente doméstico

Traza la niña toscos garrapatos,
de escritura remedo,
me los presenta y dice
con un mohín de inteligente gesto :
«—¿Qué dice aquí, papá?»

Miro unas líneas que parecen versos.

«—¿Aquí?»—«Sí, aquí; lo he escrito yo; ¿qué dice?, porque yo no sé leerlo...»

«—¿Nada?»—y se queda un rato pensativa
—o así me lo parece, por lo menos,
pues ¿está en los demás o está en nosotros
eso que damos en llamar talento?».

Luego, reflexionando, me decía:

¿Hice bien revelándole el secreto?

—no el suyo ni el de aquellas toscas líneas,
el mío, por supuesto—.

¿Sé yo si alguna musa misteriosa,
un subterráneo genio,

un espíritu errante que a la espera
para encarnar está humano cuerpo,
no le dictó estas líneas
de enigmáticos versos?

¿Sé yo si son la gráfica envoltura
de un idioma de siglos venideros?

¿Sé yo si dicen algo?

¿He vivido yo acaso de ellas dentro?

No dicen más los árboles, las nubes,
los pájaros, los ríos, los luceros...

¿No dicen más y nos lo dicen todo!

¿Quién sabe de secretos?

M. DE UNAMUNO

(También el ingenio de Salamanca — «este donquijotesco Miguel de Unamuno» — dejó una obra poética. Inferior, sin duda alguna, a la del ensayista, pero merecedora, empero, de un honroso lugar dentro de la poesía moderna).

POETAS DE AYER Y DE HOY

Romance junto al mar

Me estás haciendo llorar,
¡ay, mar!, con tus olas nuevas,
las que furioso te arranca
el viento de mis quimeras.
Si el corazón se me pone
como las algas reseca,
te echaré la culpa a ti,
que escupiste a la ribera
este pez que te dejé
con jazmines y azucenas.
No digas que no he cumplido
con mi más firme promesa,
que sumergido en la tarde
vine a pisar tus arenas,
y aquí te aguardo, cubierto
con una arrugada vela,
la vela que Dios soplabá
cuando yo pescaba estrellas.
En tus playas sólo encuentro,
con un estigma de espera,
un surco de gaviota
en salobre y muda piedra.
Tú suenas allá, a lo lejos,
a amor rompiendo cadenas,
y en tu sonido, un sabor
de emoción en línea recta,
está induciendo a mis ojos
a echarse sobre tus penas.
¿Te acuerdas de aquella historia
de unos muchachos de menta
que te pusieron frescura
con sus abrazos de hierba?
Yo sé que el rumor que tienes
es de líquida alameda,
que tu mirada, a los cielos
siempre apunta y siempre vuela,
y que tú me idealizas
sentado en la luna llena.
Dicen que dices de mí
que soy quien más te consuela,
y me causa tal placer
que siento rara vergüenza:

igual que, cuando a mi madre
la sorprendía a mi vera
diciéndome tiernamente
lo que no quiero se sepa.
¿Puedo dormir reclinando
en tus olas mi cabeza,
y sentir las como abrazos
poco después que me duerma?
Quiero abrirte así, de pronto,
igual que a una madreperla,
y descubrir el secreto
de tu tarrito de esencias.
Pero nada puedo hacer,
porque mis ojos se cierran
y ya no sé si mañana
viviré mi cantinela.
¿Y tu madre, dónde está?
La mía, a la orilla espera,
preparándose las barcas
para que salga de pesca.
¿Y tú padre, en qué trabaja?
El mío, a los naipes juega
con tres marineros gordos
que se fuman lo que sueñan.
Saldré, cuando me despierte
a abrirte el vientre a la fuerza,
esta fuerza que, en la tuya,
es una caricia inmensa.
Te pescaré mil sardinas
de emociones, mil almejas
de silencio no probado,
y mil moluscos de pena.
No quiero, porque me duermo,
que a mi cama, así te vengas,
que con el mar de mi llanto
y mi herrumbre marinera
hay bastante en esta playa
que en vano buscó la hierba.
¡Por tu culpa estoy llorando,
y lágrimas no me quedan!

ABARRETEGUI

